

La historia de mis dientes

La historia de mis dientes

VALERIA LUISELLI

ILUSTRACIONES DE DANIELA FRANCO



sextopiso

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Este libro se realizó con apoyo del Estímulo a la Producción de Libros derivado
del artículo transitorio Cuadragésimo segundo del Presupuesto de Egresos de la
Federación 2012.



Copyright © Valeria Luiselli, 2013

Primera edición: 2013

Ilustración de portada y diseño de portadillas
DANIELA FRANCO

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S.A. DE C.V., 2013
París #35-A
Colonia Del Carmen,
Coyoacán, C.P. 04100, México, D.F.

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.
c/ Los Madrazo, 24, bajo A
28014, Madrid, España.

www.sextopiso.mx

Diseño
ESTUDIO JOAQUÍN GALLEGO

Formación
QUINTA DEL AGUA EDICIONES

ISBN: 978-607-7781-61-5

Impreso en México

ÍNDICE

Libro I	
Principio	
Medio	
Fin	15
Libro II	
Parabólicas	39
Libro III	
Hiperbólicas	67
Libro IV	
Elípticas	87
Libro V	
Alegóricas	
(Notas para un paseo de epígonos)	103
Libro VI	
Paseo Circular	135
Agradecimientos	157

La istoria de mis ientes

UNA NOVELA EN SEIS ENTREGAS ESCRITA POR

Valeria Luiselli

Que contiene las

PARABÓLICAS, HIPERBÓLICAS, ELÍPTICAS,
ALEGÓRICAS Y PERAMBULACIONES
CIRCULARES E HISTORIA DE VIDA DE
GUSTAVO SÁNCHEZ SÁNCHEZ CARRETERA.

Editada por Sexto Piso

CON ILUSTRACIONES DE

daniela franco

MÉXICO, D.F.
MMXIII

Para Álvaro y los tres García

Vendrá la muerte y tendrá tus dientes.

Anónimo

But I am still around. I'll always be around...
and around and around and around and around.

Johnny Cash, «Highwayman»

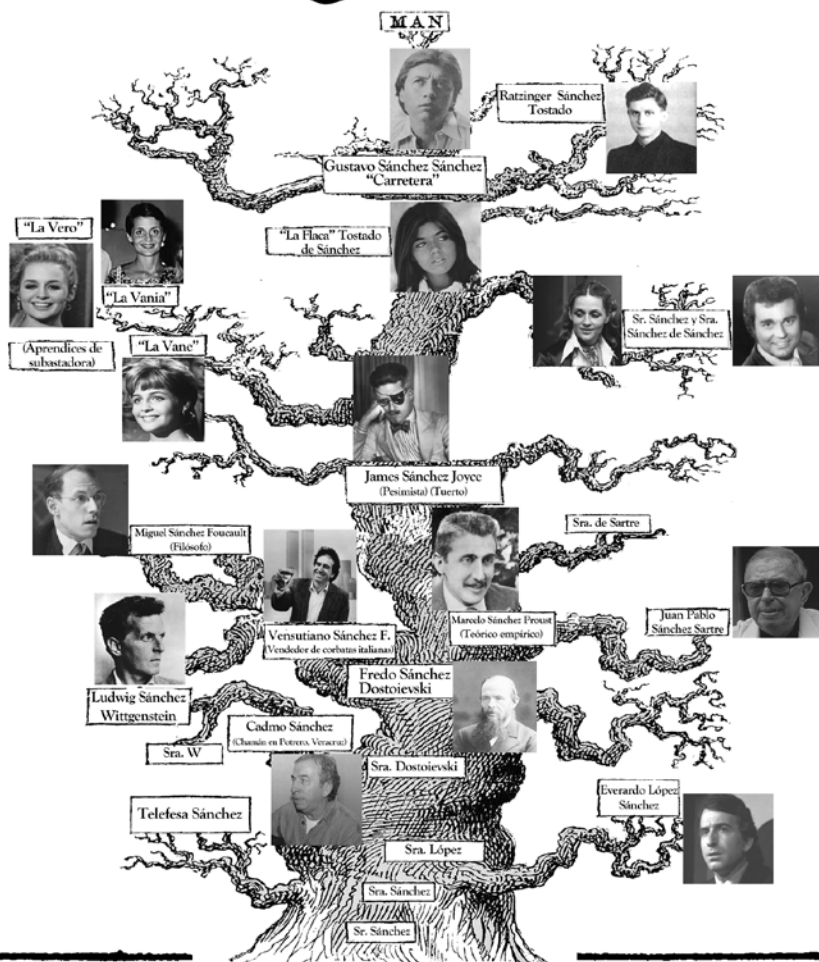



Libro I

Principio

Medio

Fin



 在一個人的頭上的每一個齒比鑽石更有價值。

[Cada diente en la cabeza de un hombre
es más valioso que un diamante.]

Soy el mejor cantador de subastas del mundo. Pero nadie lo sabe porque soy un hombre comedido. Me llamo Gustavo Sánchez Sánchez y me dicen, yo creo que de cariño, Carretera.

Puedo imitar a Janis Joplin después de dos cubas. Sé interpretar galletas de la suerte. Puedo parar un huevo de gallina sobre una mesa, como hacía Cristóbal Colón. Sé contar hasta ocho en japonés: ichi, ni, san, shi, ko, loko, sichi, hachi. Sé nadar de muertito.

Ésta es la historia de mis dientes. Es mi carta familiar a la posteridad, mi ensayo sobre los coleccionables y el reciclaje radical. Primero vienen el Principio, el Medio y el Fin, como en cualquier historia. Ya luego vienen las Parabólicas, Hiperbólicas, Elípticas, y todo lo demás. Y después de eso no sé qué viene. Posiblemente la ignominia, la muerte, y más tarde, la fama post mortem; pero de eso ya no me va a tocar decir nada en primera persona.

*

Hay hombres con suerte y hay hombres con carisma. Yo tengo un poco de los dos. Mi tío Venustiano Sánchez Fuentes, vendedor de corbatas de calidad italiana, decía que la inteligencia y la belleza se gastan, y que son una carga pesada para quienes las poseen porque perderlas es la más triste y lenta de las muertes en vida. A mí no me afligen esa clase de preocupaciones porque nunca tuve cualidades efímeras. Carretera sólo tiene de las permanentes. De mi tío Venustiano heredé precisamente el carisma y también una corbata elegante, que es lo único que se necesita en esta vida para volverse un hombre de pedigrí.

Nací con cuatro dientes prematuros y el cuerpo enteramente cubierto de una capa muy fina de vello negro. Pero yo de eso estoy agradecido, porque la fealdad, como decía mi otro tío, Everardo López Sánchez, forja carácter. Mi padre pensó al verme que a su verdadero hijo se lo había llevado la recién parida del cuarto de al lado. Trató por varios medios —chantaje, intimidación, burocracia— de devolverme a la enfermera que me entregó. Pero mamá me recibió en brazos desde que me vio: rojo, hinchado y diminuto, estremeciéndome como almeja de agua clara en mi cobija de hospital. Mamá estaba entrenada para asumir la porquería como destino. Papá no.

La enfermera le explicó a mis padres que mis cuatro dientes eran una condición rara en nuestro país, pero no poco común entre otras razas. Se llamaba Dentición Prenatal Congénita.

¿Y por ejemplo qué razas?, preguntó mi padre a la defensiva.

Concretamente los caucásicos, señor, dijo la enfermera.

Pero si este niño es prieto como el petróleo, replicó él.

La genética es una ciencia llena de dioses, señor Sánchez.

Esto último debió consolar un poco a mi padre, que finalmente se resignó a llevarme en brazos hasta nuestra casa, envuelto como tamal en una cobija gruesa de franela sueca.

Mamá lavaba ajeno. Papá no se lavaba solo ni las uñas. Las tenía recias, ásperas, negras. Se las cortaba con los dientes. No por ansioso; yo creo que por holgazán y prepotente. Mientras yo hacía la tarea en la mesa, él se las estudiaba en silencio frente al ventilador, tirado en el sillón de terciopelo verde que mamá heredó de Julio Cortázar, nuestro vecino del 4^oA que murió de tétanos. Cuando los hijos del señor Cortázar vinieron a llevarse sus pertenencias, nos dejaron a su guacamaya —Criterio,

que a su vez murió de tristeza a las pocas semanas—, así como el sillón de terciopelo verde donde Papá se empezó a arrellanar todas las tardes. Abismado, estudiaba las constelaciones de humedad del cielo raso, escuchaba Radio Educación, y se arrancaba las uñas; dedo por dedo.

Empezaba con la del meñique. Prensaba una esquina entre el diente incisivo central superior y el inferior, desprendía apenas una astilla, y de un solo jalón tiraba la medialuna de uña colgante que le sobraba. Después de arrancársela, la entretenía unos instantes en la boca, hacía un taquito con la lengua, y soplaba: la uña salía disparada y caía encima de mi cuaderno de tareas. Los perros ladraban afuera en la calle. Yo la miraba, muerta y mugrosa, a unos milímetros de la punta de mi lápiz. Entonces dibujaba un círculo alrededor de ella y seguía haciendo las planas, cuidando de no escribir encima del círculo que había trazado. Iban cayendo uñas del cielo sobre mi cuaderno Scribe de raya ancha, como meteoritos propulsados por el aire del ventilador: anular, medio, índice, y pulgar. Y luego la otra mano. Yo iba acomodando las letras de la plana para rodear los pequeños cráteres circunferenciados que iban dejando sobre la página las inmundicias voladoras de papá. Cuando terminaba la plana, reunía las uñas en un cerrito y las guardaba en el bolsillo de mi pantalón. Luego, en mi cuarto, las metía en un sobre de papel que tenía debajo de mi almohada. Mi colección llegó a ser tan grande que a lo largo de mi infancia llené varios sobres. Fin de recuerdo.

*

Papá ya no tiene dientes. Ni uñas, ni cara: lo cremaron hace dos años y por petición suya fuimos mamá y yo a depositar las cenizas a la bahía de Acapulco.

A mamá la enterré junto a sus hermanas y hermanos en la ciudad de Pachuca, la Bella Airosa, un año después de eso. Voy una vez al mes a verla, de preferencia en domingo. Casi siempre está lloviendo y casi no sopla el aire en Pachuca.

Nunca llego hasta el cementerio a ver a mamá, porque soy alérgico al polen y en los cementerios hay muchas flores. Me bajo del autobús no muy lejos de ahí, en un hermoso camellón adornado con esculturas de dinosaurios tamaño real. Ahí me quedo parado, entre las mansas bestias de fibra de vidrio, casi siempre mojándome, rezando padrenuestros, hasta que se me hinchán los pies y me canso. Luego vuelvo a cruzar la calle cuidando de saltar los charcos, redondos como los cráteres de mis cuadernos de niño, y espero el autobús que me lleva de vuelta a la estación.

*

El primer trabajo que tuve fue en el puesto de periódicos de Rubén Darío, en la esquina de la calle Aceites con la calle Metales. Tenía ocho años y ya se me habían caído todos los dientes de leche. Los habían reemplazado otros, anchos como paletones, cada uno apuntando en una dirección distinta.

La esposa de Rubén Darío, Azul, tenía un ligero retraso mental. No era fea pero tenía cara de simple y risa de simple. Fue mi primera amiga, aunque me llevara más de veinte años. Rubén Darío la tenía encerrada en la casa. Me mandaba a las once de la mañana con un juego de llaves para ver qué estaba haciendo Azul, y para preguntarle si no se le ofrecía nada de la calle.

Azul casi siempre estaba echada en la cama en paños menores, con el Sr. Unamuno frotándosele encima. El Sr. Unamuno era un viejo baboso que tenía un programa en Radio Educación. El programa empezaba siempre igual: «Con ustedes, Unamuno: modestamente deprimido, simpáticamente ecléctico, sentimentalmente de izquierda.» Pendejo.

Cuando yo entraba al cuarto, el Sr. Unamuno se levantaba de un solo brinco, se fajaba la camisa usualmente manchada de café o de salsa —verde, macha, roja— y se abrochaba con torpeza el pantalón. Yo mientras tanto miraba al suelo y a veces, de reojo, a Azul, que seguía acostada en la cama, mirando el techo,

paseándose las yemas de los dedos por el vientre semidescubierto. Ya vestido y con los lentes puestos, Unamuno venía y me daba un zape en la frente con la palma de la mano.

¿No te enseñaron a tocar la puerta, Cucaracha?

Azul me defendía: Se llama Carretera y es mi amigo. Y luego soltaba una carcajada a la vez honda y simple, sus colmillos desconcertantemente largos y achatados en las puntas.

Cuando el Sr. Unamuno por fin se escabullía, lleno de ansiedad y culpa, por la puerta trasera, Azul se echaba encima la sábana, como capa de superhéroe, y me invitaba a sentarme en la cama. Vamos a jugar billar de bolsillo, mira, ven para acá. Cuando terminábamos, me regalaba un pedazo de pan y un agua en bolsa con popote, y me mandaba de vuelta al puesto de periódicos. De camino, yo me acababa el agua y me guardaba el popote en el bolsillo del pantalón, para luego. Llegué a tener más de diez mil popotes, palabra de honor.

¿Qué estaba haciendo Azul?, me preguntaba Rubén Darío cuando volvía al puesto.

Yo la cubría, detallando alguna actividad inocente:

Estaba nomás tratando de ensartar un hilo en una aguja para remendar el ropón de bautizo del hijo de su prima segunda.

¿Qué prima?

No dijo.

Ha de ser la Sandra; o la Berta. Acá está tu propina y ya te me vas yendo a la escuela. Fin de recuerdo.

*

Cursé la primaria, la secundaria, la preparatoria y pasé desapercibido y con buenas calificaciones porque soy de los que nunca hacen olas. No abría la boca ni cuando llamaban mi nombre al pasar lista, y no por miedo a que me vieran la dentadura chueca, sino por comedido.

Cuando cumplí veintiuno me dieron trabajo como guardia privado en una fábrica de jugos en Vía Morelos, yo creo que por lo mismo del comedimiento. Ahí estuve diecinueve

años. Restándole seis meses de baja por una hepatitis, tres días por una caries ominosa que culminó en una doble endodoncia molar, y las semanas que me tomé de vacaciones, estuve exactamente dieciocho años y tres meses como guardia privado en la fábrica.

Pero un día cualquiera cambió mi suerte, como dice Napoleón, el cantante. A Salvador Novo, Operador de Pasteurización, le dio un ataque de pánico mientras atendía a un mensajero de DHL, un señor repuesto, de mediana estatura. Jenny López, secretaria del Supervisor de Polímeros, nunca había presenciado un ataque de pánico, y pensó que el mensajero de tamaño mediano estaba asaltando a Salvador Novo, porque éste se había llevado las manos al cuello, se había puesto morado como una ciruela, había entornado los ojos y se había dejado caer hacia atrás, desplomado y patilánguido.

Joselito Vasconcelos, de Servicio a Clientes, me gritó que fuera a detener al mensajero de mediana estatura. Atendí la orden y enfilé hacia el presunto criminal. Con la punta de la macana le pegué en la cima de las nalgas —ni siquiera recio— y, entonces, el pobre señor se echó a llorar inconsolablemente. Mientras lo jalaba por la oreja hacia la puerta de salida le pedí, ya en tono más amable, que se identificara. Con una mano en alto, metió la libre a su bolsillo y sacó una cartera. Luego, con la otra, sacó su credencial de elector. Me llamo Manuel Maples Arce, dijo el pelmazo, sin poder sostenerme la mirada. Joselito Vasconcelos, de Servicio a Clientes, me ordenó que regresara de inmediato a atender al compañero moribundo, porque Salvador Novo seguía tirado en el piso y no podía respirar. Dejé ir al señor Maples Arce —que no se fue sino que se quedó parado ahí, llorando, diríase bañado en lágrimas— y corrí con Salvador Novo, abriéndome otra vez camino entre los curiosos con la punta de la macana. Me arrodillé junto a él, lo tomé en mis brazos y, a falta de mejor solución, me dediqué a apapacharlo en silencio hasta que salió de la crisis de pánico. Después me tocó consolar al señor Maples Arce, hasta que se recompuso él también.

Al día siguiente, el señor Octavio, gerente de la fábrica, me llamó a su oficina y me anunció que me iban a ascender de puesto.

Los guardias son de segunda categoría, me dijo en privado, y tú eres un hombre de primera categoría.

Según habían dispuesto los directivos, a partir de ese momento yo tendría una silla y un escritorio propios y mi trabajo consistiría en consolar al personal que lo requiriera.

Usted se va a dedicar al Manejo de Crisis de Personal de la empresa, me dijo el señor gerente, con esa sonrisa ligeramente siniestra de los que han ido muchas veces a un dentista.

Pasaron dos semanas, y como Salvador Novo estaba de baja temporal, en realidad no había nadie en la fábrica que requiriera consuelo. Había llegado un nuevo guardia, un gordito caimebién que se hacía llamar Hochimín y que se pasaba el día tratando de hacerle plática a la gente. Puedo jurar que cada tanto el susodicho Hochimín se extraía serosidades de la oreja, las hacía bolita entre los dedos índice y pulgar, y se las llevaba a la boca: el comedimiento es una cualidad que pocos aprecian y todos necesitan aprender. Yo lo observaba con más curiosidad que aversión desde mi nuevo escritorio. Me habían dado una silla giratoria de altura ajustable y un escritorio con un cajón donde había una colección divina de ligas y clips. Todos los días me guardaba una liga y un clip en el bolsillo del pantalón y me los llevaba a casa. Alcancé a tener una buena colección.

Pero no todo fueron pétalos de terciopelo y nubes de malvavisco, como dice Napoleón. Algunos empleados de la fábrica, en particular Joselito Vasconcelos, se empezaron a quejar de que ahora me pagaban por comerme las uñas —aunque nunca en mi vida me he llevado un solo dedo a la boca, mucho menos una uña. Algunos empleados, incluso, elucubraron una teoría según la cual Salvador Novo y yo habíamos fingido el numerito para que a él le dieran un mes de descanso pagado y a mí me ascendieran de puesto. Típicas patrañas y engañifas de los miserables que no pueden con la suerte de uno.

Tras una junta a la cual por supuesto no estuve convocado, don Octavio dispuso que se me mandara a tomar cursos especializados, con el fin de mantenerme ocupado, y de paso adquirir habilidades para manejar las periódicas crisis del personal de la fábrica.

*

Así empecé a viajar. Carretera se volvió un hombre de mundo. Tomé cursos y talleres a lo largo y ancho de la República y hasta del Continente. Diríase que me volví un coleccionista de cursos: Primeros Auxilios, Control de Ansiedad, Nutrición y Hábitos Alimenticios, Escucha y Comunicación Asertiva, Creatividad Administrativa, Photoshop, Nuevas Masculinidades, Programación Neurolingüística, Diversidad Sexual. Fue una época de oro. Hasta que se acabó, como todo lo bonito y bello.

El principio del final empezó con un curso que tuve que tomar en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México. Lo impartía la hija de don Octavio, el gerente. No podía oponerme a tomar el curso ese sin poner en riesgo mi empleo. Acepté. El taller se llamaba —horror, vergüenza y desconcierto— «Danza Contact-Impro».

El primer ejercicio del taller consistió en inventar una coreografía, en parejas, con la canción de Jeanette «Porque te vas» o «Por qué te vas» —nunca he sabido si es pregunta o respuesta. Me tocó de pareja una tal Flaca, que no era bonita pero tampoco fea. La Flaca me empezó a hacer un baile al estilo de la otrora escultural y exótica artista Tongolele, mientras yo tronaba nomás los dedos tratando de seguir el ritmo tan difícil de la canción. Ella no respetaba el ritmo en absoluto. Me embarraba el cuerpo, me acariciaba el pelo, me iba desabrochando botones. Yo seguía tronando los dedos aplicadamente, sin perder el ritmo. Cuando terminó la canción, la Flaca estaba en la flor de su feminidad y yo completamente desflorado, convertido en bailarín de Danza Contact-Impro, de pie y semidesnudo en un foro de piso de parquet de la Facultad de

Filosofía y Letras, los testículos del tamaño de dos ajolotes. Fin de recuerdo.

Para salvar mi honor, no me quedó de otra que casarme con la Flaca unos meses más tarde. Etcétera, etcétera y se embarazó. Dejé mi trabajo en la fábrica de jugos porque a la Flaca le parecía que no debía desperdiciar mi natural talento como bailarín de danza contemporánea. La Flaca había llegado a novicia en un convento pero a la hora de la verdad se había arrepentido y tras un periodo de liberación y experimentos con el poliamor en un retiro ubicado en el pueblo de Tepoztlán, se había vuelto ayudante de dentista. Ella, muy moderna, me mantendría si lo de la danza no traía dinero. En una de esas, un día, me podría arreglar ella misma los dientes. Gratis. No opuse resistencia. Rentamos un departamento en la calle Farolito No. 3. Y como sucede siempre, al cabo de un tiempo más bien corto, la Flaca se volvió una Corda. Y por supuesto, nunca me cumplió lo de los dientes.

*

Por más élan que le eché y a pesar de la perfección material de mi corporalidad, no conseguí trabajo como bailarín de contemporáneo. Hice audiciones en la compañía Ícaro Caído, en Dimensión Alternativa, Raza Cósmica, y hasta en el grupo Espacio Abierto, que como indica su nombre, es muy abierto y a todo mundo acepta. Nada. Casi me aceptan en FolclorArte, pero al final se quedó con el lugar un tapón con cuerpo de lombriz, llamado, pretenciosa y ridículamente, Brandon.

Anduve un rato, a decir de Napoleón, como leña verde que no enciende y árbol que no echa raíz. Trabajé como masajista, luego como mecánico de bicicletas y luego como vendedor de helados afuera de una librería que se llamaba El Parnaso. Nada me duraba más de dos o tres semanas. Después decidí tomar un curso de profilaxis para cuando fuera a nacer mi hijo o hija. Lo tomé yo solito porque la Flaca no creía en cosas de esas. Finalmente, hasta me metí de oyente a estudiar filología

clásica en la Universidad Nacional Autónoma de México, porque siempre me habían gustado las historias de romanos y si iba a ser padre necesitaba poder contar historias de grandes héroes de la humanidad a mi hijo o hija. Yo no sé si fui buen estudiante porque nunca me entregaron calificaciones de nada, pero sirvió para leerme a los clásicos. Los leí enteritos; palabra de honor. Mi favorito hasta la fecha es Gayo Suetonio Tranquilo, a quien sigo leyendo casi todas las noches antes de dormirme.

También me puse a leer el periódico de cabo a rabo, sobre todo en los días en que me sumergía en la autocompasión que había engendrado para conmigo mismo tras los rechazos constantes del mundo de la danza. Cierta mañana, en la cafetería de la Facultad de Filosofía y Letras, leí una nota sobre un señor, un tal Samuel Pickwick, que se había rehecho la dentadura completa. Al Samuel Pickwick este le había alcanzado para esa costosa operación —trescientas mil libras esterlinas de entonces— porque había escrito un libro. ¡Un libro! Vi mi destino clarito delante de mí. Decidí ahorrar. Si ese escritor fulero se había rehecho la boca, yo me la haría también, y mejor. Recorté la nota sobre el caso y me la guardé en la cartera. La sigo trayendo siempre conmigo, de talismán.

*

El 19 de septiembre de 1985 tembló fuerte en la Ciudad de México, como había vaticinado el astrólogo de *El Economista*. También nació, en el Hospital General La Raza, Ratzinger Sánchez Tostado. Así le puso la Flaca a nuestro hijo. En ese entonces el otro Ratzinger, el famoso, todavía no era el Papa Benedicto XVI, sino sólo el Prefecto General en la Cofradía de la Fe y Presidente de la Comisión Internacional Teológica. La Flaca le tenía respeto y sobre todo miedo porque cuando había estado en el convento lo había oído dar escalofriantes sermones en la radio. Supongo que le puso Ratzinger al niño como un modo de pagarle a la iglesia lo que le debía en culpa acumulada por

haber abandonado la carrera de monja. A mí, en cambio, me gustaba el nombre Yoko, como la artista Yoko Ono, porque siempre me han gustado la cultura japonesa y los Beatles. Pero como nos salió varón tuve que aceptar la propuesta de la Flaca. En eso habíamos quedado.

Ratzinger nació bien y sin señas particulares. No diría que salió bonito, pero tampoco feo. Fin de comentario.

*

Cuando Ratzinger ya gateaba y la Flaca había salido por fin de la depresión post parto, invité a comer a nuestro departamento a Joselito Vasconcelos, el de Servicio a Clientes de la fábrica. La visita había sido incluso disfrutable, y habíamos rememorado con nostalgia los viejos tiempos, hasta que la Flaca sirvió los cafés y Joselito me contó que se había encontrado hacía unos días a Hochimín, el guardia de reemplazo que comía cerumen sebáceo en público. Lo había visto en una cantina, vestido con un traje caro y en compañía de una mujer muy atractiva.

¿Cómo le hizo?, le pregunté a Joselito Vasconcelos, disimulando la envidia que ya se me andaba atorando como hebra de queso derretido en la garganta.

Se hizo cantador de subastas, dijo.

¿Así nomás?, pregunté, pasándome con esfuerzos el café.

Joselito Vasconcelos me explicó. Al parecer los cantadores de subastas eran gente muy cotizada. Y lo mejor de todo era que cualquier persona podía aprender a hacerlo, dijo que dijo el joven Hochimín. Había que tener el don, nomás. Eso también lo había dicho el presumido ése: Hay que tener el don. Pero había cursos para aprender y perfeccionar la técnica. Cuando yo había dejado el trabajo en la fábrica, Hochimín le había pedido al gerente que le diera permiso de tomar un curso para prepararse en caso de crisis del personal, yo creo que porque quería ser como yo. Lo mandaron a uno de primeros auxilios nomás, pero Hochimín había aprovechado las horas libres que

le garantizaba el permiso para meterse a un curso de subastador en la Zona Rosa de la Ciudad de México. Un mes después, había renunciado al trabajo en la fábrica y había empezado a subastar coches en la Colonia Portales. Le iba bien. Mejor que a todos nosotros juntos, dijo Joselito Vasconcelos.

*

Al día siguiente tomé el metro y luego el camión hasta la Zona Rosa y me puse a recorrer las calles en busca de algún letrero que anunciara subastas, subastadores, o lo que fuera que tuviera alguna relación con el tema. Tras varias horas infructuosas de búsqueda y con el alma devastada por el hambre, entré en un local de comida coreana y pedí un kimchi, el platillo que venía recomendado en el menú como la especialidad de la casa.

En una esquina del local, un joven que parecía fantasma tocaba una guitarra y cantaba una canción de esas pegajosas, sobre un hombre que pierde de vista a una mujer en el metro Balderas. Me puse a hojear un periódico, tratando de torear los embates implacables de melancolía que golpean cuando uno come sus comidas a deshoras.

Ya he dicho que Carretera es un hombre con suerte. Mientras masticaba un pedazo de una verdura indistinguible, posiblemente lechuga pasada, mis ojos fueron a parar sobre un letrero escrito a mano, pegado con yúrex en una de las paredes del local. En letra bonita vi el llamado a mi destino: «El arte de subastar. Éxito asegurado. Técnica Yushimito». Mientras la mesera preparaba mi cuenta anoté la dirección en una servilleta.

*

El curso intensivo de iniciación al arte de la subasta se impartía de 3 a 9 pm todos los días durante un mes, en el cuarto trasero de Hair Karisma, una peluquería japocoreana en la calle Londres. El maestro, de origen japonés, se hacía llamar

Señor Oklahoma, porque ahí había estudiado para subastador, en Oklahoma, USA. Su nombre verdadero era Kenta Yushimito, y su nombre occidental, Carlos Yushimito. Era un hombre de gran envergadura, elegancia y distinción; era el ejemplo vivo del comedimiento.

El pundonor que me caracteriza así como la lealtad a mi maestro y al oficio, no me permiten revelar los secretos del arte de la subasta. Pero una cosa de la Técnica Yushimito puedo explicar. Hay cuatro tipos de subastadores: circulares, elípticos, parabólicos e hiperbólicos. La estirpe del subastador está determinada, a su vez, por el valor relativo de la excentricidad (épsilon) de su método; es decir, el valor de la desviación de su sección cónica respecto de una circunferencia. La escala de valores es la siguiente:

La ϵ del método circular es igual a cero.

La ϵ del elíptico es mayor a cero pero menor a uno.

La ϵ del parabólico es igual a uno.

La ϵ del hiperbólico es mayor a uno.

Con el tiempo, yo desarrollé y agregué una categoría más a los métodos de subasta del maestro Oklahoma, aunque no la puse en práctica sino hasta muchos años después. Se trata de la subasta alegórica, cuya excentricidad (ϵ) es infinita y no depende de variables contingentes ni materiales. El método, por supuesto, está aprobado por él y tengo el honor de decir que incluso lo ha incorporado al corpus de teorías de su programa de estudios.

Durante nuestro primer encuentro, el maestro Oklahoma se sentó en una silla de peluquero frente a nosotros y, para demostrar el método parabólico —el primero que nos enseñó y el más interesante—, subastó un plátano. Lo subastó exitosamente, contando una historia breve y sencilla. Así nomás, un plátano. A pesar de que todos estábamos ahí, sentados frente a él con cuadernos y lápices en mano, enteramente conscientes de que éramos sus estudiantes y no un grupo de compradores de ningún tipo dado que ya habíamos pagado el precio exorbitante del curso, el maestro sacó un plátano maduro de

una bolsa Ziplock y nos trabajó el cerebro hasta que uno de nosotros, el Sr. Morato, sacó su cartera y pagó setecientos cincuenta pesos por la fruta.

Lo más importante en esta vida, decía el maestro Oklahoma al finalizar cada sesión, es tener un destino. Nos repasaba las caras con una mirada insondable y una sonrisa apenas dibujada. Después, contábamos hasta ocho en japonés, respirando hondo con los ojos cerrados, y la sesión había terminado. Nos despedíamos reverentemente de él y de nuestros colegas con una inclinación de cabeza.

Yo tenía un objetivo claro, un destino: me iba a volver un subastador para poder rehacerme los dientes, como el señor Samuel Pickwick con su libro. Me iba a rehacer los dientes, antes que nada, para poder dejar a la Flaca, que ya para siempre iba a ser una vil gorda. Y después, para casarme con otra —tal vez la Vane, la Vania, o la Vero, las tres estudiantes mejor hehecitas del curso.

La Flaca, además de gorda, era una abusadora represora. Me obligaba a hacer pipí sentado, para no salpicar; me mandaba a dormir en el sillón, porque roncaba; me tenía prohibido andar descalzo, porque los pies me sudaban y dejaba huellas en nuestro piso de duela laminada. Cuando se enojaba, me decía Gustavo o a veces hasta Gustapo o Gestapo. En mis noches de insomnio, yo visualizaba que la Vania me decía Rey; la Vane, Muñeco; la Vero, Tigre. Me daba vueltas en la cama, inquieto y acelerado —rey, muñeco, tigre—, pensando en mi flamante futuro como subastador; en mis futuros dientes.

*

Mi constancia, discreción y disciplina en el curso del maestro Yushimito me agenciaron una beca para tomar un curso de dos semanas de perfeccionamiento en la escuela de subastadores de Missouri, en Estados Unidos. La beca a Nueva York, la más codiciada, se la ganó el Sr. Morato, el del plátano. No le retengo rencores; yo creo que se la merecía.

El curso de Missouri no alcanzó mis expectativas porque se enfocaba en la subasta de ganado, pero valió la pena porque regresé de Los United hablando bastante inglés y hasta un poco de francés; palabra de honor. Además fue durante mi estancia en Missouri que concebí y desarrollé la teoría de mi técnica alegórica. La técnica es producto de mi genio, por supuesto, pero me inspiraron los sermones diarios de nuestro gran maestro subastador y cantante de country Leroy Van Dyke. Digo su nombre y me dan ganas de pararme y aplaudir.

El maestro Van Dyke había compuesto el himno de nuestro gremio, la canción «The Auctioneer», que cuenta la historia de un niño originario de Arkansas que quiere aprender a ser subastador y todos los días se pone a practicar en el establo de su granja, frente a sus animales. Entonces, cuando su padre y madre se dan cuenta de que tiene talento, lo mandan a la escuela de subastadores. Y luego viene el estribillo:

25 dollar bid it now, 30 dollar 30
Will you gimme 30 make it 30
Bid it on a 30 dollar will you gimme 30.
Who'll bid a 30 dollar bid?

Después del estribillo el niño ya es un adulto hecho y derecho. Es un subastador, un *auctioneer*. Y luego viene la parte que me saca lágrimas de emoción:

His fame spread out from shore to shore.
He had all he could do and more.
Had to buy a plane to get around.
Now he's the tops in all the land.
Now let's pause and give that man a hand.
He's the best of all the auctioneers.

Y luego se repite el estribillo.

Escuchando a Leroy Van Dyke cantar «The Auctioneer», que es además el tema principal de mi película favorita, *What*

Am I Bid?, encontré el aliento para desarrollar y perfeccionar los detalles conceptuales de mi técnica alegórica. Me había dado cuenta de que en mi profesión existía un hueco; me correspondía llenarlo. Ningún subastador, por diestra que tuviera la lengua para el canto trepidante de números, o por experto que fuera en la manipulación del valor emocional y comercial de las cosas, sabía decir nada acerca de sus objetos; porque no los entendía o porque no le importaban. Por fin comprendí la frase que el maestro Oklahoma había repetido con tristeza resignada y que yo iba a sepultar en el pasado remoto de la historia de la subasta con mi nuevo método: «Los subastadores somos meros heraldos asalariados entre el paraíso y el infierno de la oferta y la demanda». Qué heraldo ni qué heraldo. Carretera iba a reformar el arte de la subasta. Yo no era un vil vendedor de objetos sino, antes que nada, un amante y coleccionista de buenas historias. Fin de declaración.

*

Regresé de Los United listo para comerme al mundo y emprender el camino hacia mis nuevos dientes. Lo primero que hice fue organizar una subasta privada en la casa. Subasté todos nuestros muebles viejos a un precio que me permitió comprar muebles nuevos para mí, muebles para la Flaca, y con lo que sobró pude pagar el primer mes de renta de dos departamentos separados. No la volví a ver nunca, gracias a Dios, pero tampoco volví a ver a Ratzinger en muchos años.

Eso fue sólo el principio. Luego me casé con la Vero. Subasté coches en la Cuauhtémoc. Me divorcié y me casé con la Vania. Comencé a viajar más que los Rolling Stones. En los viajes, empecé a coleccionar objetos que compraba en subastas a precios bastante razonables. Me divorcié otra vez. Subasté antigüedades en Bratislava; bienes raíces en la Costa Azul; memorabilia en Tokio. Seguí subastando. Me casé con la Vane, me divorcié otra vez —y así, hasta que la próstata, etcétera, y ahí párale de contar mujeres, pero no subastas. Subasté

joyas, casas, arte antiguo, arte contemporáneo, vinos, ganado, bibliotecas, y vastos patrimonios incautados al narcotráfico. Subasté en Morton, Christie's, Sotheby's, Dorotheum, Tajan, Grisebach y Waddington's. Me forré, desfalcando millonarios con un golpe de martillo: se va, se va, y se fue.

Pero no soy ningún carcamán. Calculo que me pude haber comprado diez departamentos en Miami o en Nueva York, y sin embargo, decidí comprarme dos terrenotes, uno al lado de otro, en Ecatepec, en la hermosa calle Disneylandia; hay que invertir en bienes raíces nacionales. Creo que sumando los dos predios eran varias hectáreas, aunque nunca me he puesto a sumar porque tampoco soy mezquino.

En uno de los terrenos alcé una casa de tres pisos, cuidando de dejar las varillas para el cuarto. En el terreno de al lado, al que le dicen el «terreno colindante», puse un bodegón en donde fui guardando todos los objetos que coleccionaba en mis viajes por el mundo. Enfrente del bodegón, construí mi casa de subastas. Un día iba a construir un puente colgante que conectara los dos espacios; ya lo tenía diseñado. Luego iba a inaugurar públicamente la casa de subastas, en honor a mis maestros, como Casa Oklahoma-Van Dyke. Sólo faltaban unos acabados, unos detallitos, y que la municipalidad aprobara el uso de suelo.

*

No sería elegante de mi parte terminar de contar mi historia elaborando la lista de logros que mi arduo entrenamiento y, por qué no, natural talento para el canto de subastas, consiguieron tanto para mí como para mi comunidad. Sólo quiero dejar constancia biográfica por escrito de que fue durante un viaje de fin de semana en que tuve que ir a Miami a subastar carros, cuando llegó inesperadamente el día final de esa larga lucha contra la infamia en la cual nací y crecí.

Un domingo en la noche, después de haber recibido un cheque robusto por haber subastado exitosamente 37 trocas

pick-up, fui con algunos colegas a una subasta de memorabilia de contrabando que se organizaba en un cantabar de Little Havana. Mis colegas habían conocido a unas periodistas argentinas la noche anterior y habían quedado de verlas ahí. Me prometieron que valdría la pena. Yo, los domingos, no hago cochinadas ni negocios, pero resolví acompañarlos nomás porque en mi cuarto de hotel no servía el aire acondicionado. Sólo por eso; palabra de honor.

Para mi tranquilidad, las cuatro periodistas que se aparecieron resultaron algo demacradas. Dios me había librado de esa tentación. También pensé, cuando empezó la subasta, que no habría tentaciones de comprar nada, pues la memorabilia que se estaba ofreciendo era a todas luces de quinta: un reloj de no sé qué político estadounidense, unos puros de no sé qué cubano millonario, las cartas de un escritor yo creo que desconocido, que viajó a Cuba en los años treinta. No iba en ánimo de tronarme mi cheque, pero sin decir agua va el dios de las pequeñas cosas puso delante de mí el paraíso. Y el paraíso es caro. Quién iba a decirlo: ahí nomás, en las honduras de la soledad dominguera de una subasta en Little Havana, los encontré, mis nuevos dientes.

En una cajita de vidrio, que el subastador sostenía en alto, reposaba a mi disposición la sagrada dentadura de la mismísima Marilyn Monroe. Así es, los dientes de la diva de Hollywood. Se veían amarillentos, añejados, y quizás un poco chuecos, yo creo que porque las divas fuman. Pero eso no importaba. Eran los dientes de la Marilyn. Hubo tensión y nerviosismo cuando el subastador hizo la primera oferta. Varias damas venidas a menos los codiciaron, incluyendo una de las periodistas argentinas. Un hombre gordo y pasado de moda desplegó vulgarmente unos fajos de billetes sobre su mesa periquera y se puso de pie para encenderse un puro, yo creo que para intimidarnos. Pero me obstiné y les gané: me llevé los dientes, mis dientes.

Fue tal la destreza que expuse para obtenerlos, que una de las periodistas argentinas —la más horripilante de las cuatro,

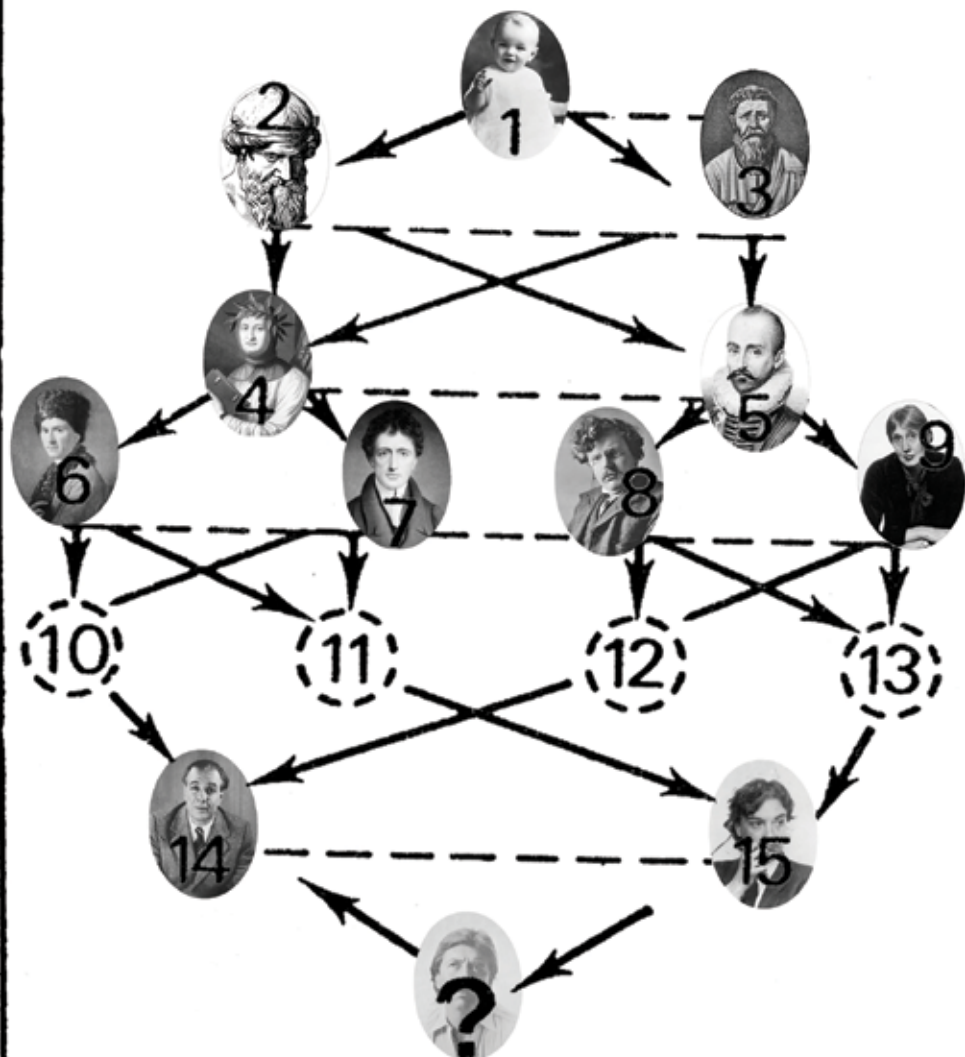
una mujer de cabellera tiesa de tan teñida y cachetes algo colgados— redactó una crónica de la subasta que hasta apareció en internet. Evidentemente envidiosa de mi logro, porque también quería mis dientes, hizo un reporte escueto y tergiversado. No me importó, hasta eso. Que con su pan se lo coma, pensé; total yo comería a partir de ese momento con los dientes de Marilyn Monroe.

En cuanto regresé a México, la dentadura de la Venus de la pantalla grande fue trasplantada a mi boca por un doctor finísimo, don Luis Felipe Fabre, dueño del mejor consultorio y depósito dental de la Ciudad de México, «Il Miglior Fabbro». Desde el momento en que salí de la operación y durante muchos meses, no pude dejar de sonreír. A todos les mostraba la carretera infinita de mi nueva sonrisa y, cuando pasaba frente a un espejo o junto a una vitrina callejera que reflejara mi imagen, me levantaba el sombrero caballerosamente y me sonreía a mí mismo. Mi cuerpo flaco y desgarrado, así como mi vida un poco ingrátida, habían adquirido un aplomo importante con mis nuevos dientes. Mi suerte no tenía parangón, mi vida era un poema, y estaba seguro de que alguien un día iba a escribir el hermoso relato de mi autobiografía dental. Fin de la historia.



Libro II

Parabólicas



Yo a ti te comparo, con una antena parabólica, bólica, bólica, bólica.
(La Sonora Santanera)



瘋狂的人，誰是永遠反對，花崗岩塊，
完整和不變，過去他的牙齒咬緊。

[Demente es el hombre que está siempre apretando
los dientes contra ese bloque de granito,
sólido e inmutable, del pasado.]

Cuando hablo con curas me tiembla la mandíbula y se me aflojan un poco los dientes, yo creo que porque los curas son de mala suerte y algo en mi cuerpo lo intuye.

Un día, el padre Luigi Amara, párroco de la iglesia de Santa Apolonia, me vino a ver. Me explicó que su iglesia estaba en recesión económica por efectos colaterales de la crisis mundial. Necesitaba de modo urgente mis servicios de subastador y me propuso un proyecto que, según me prometió, a mí también me convendría —por lo menos espiritualmente hablando.

Llevaba algunos años sin subastar, yo creo que porque mi absoluta fama intimidaba hasta a las casas más prestigiosas, así que ya nadie solicitaba mis servicios. También había dejado de viajar, sobre todo porque me di cuenta de que en México ya hay todo. Yo creo que afuera de México sólo París destaca; pero incluso en ese caso, todos sabemos que París no le pide nada a Campeche. En vez de desperdigar mi dinero en viajes donde acaso conseguía objetos sobrevalorados por la retórica sofista y la charlatanería general de los subastadores modernos, había dedicado los últimos años a coleccionar objetos que el azar me regalaba o que hallaba en la chatarrería del barrio, un bello establecimiento, cuyos dueños, Jorge F. Hernández y Jorge Ibargüengoitia, me daban trato especial por ser tan fiel a su chatarra. Sumando lo que había coleccionado en mis viajes internacionales y mis nuevas colecciones locales, tenía un peculio admirable. Sabía que algún día haría una gran subasta en mi propia casa, en donde ofrecería mis tesoros a gente que los mereciera; gente fina y de gran envergadura.

Pero faltaba tiempo y trabajo para eso. Había que terminar el puente colgante que conectaba la bodega con la casa de

subastas, había que conseguir el permiso para el uso de suelo, había que conseguir sillas cómodas para los postores y, sobre todo, faltaba contratar a alguien que se ocupara de hacer mi Catálogo de Coleccionables. Ser el mejor subastador del mundo es algo que cuesta mucho dinero. Y, para qué mentir, a mí la crisis mundial también me había afectado un poco y necesitaba el dinero que el padre Luigi me aseguró que ganaríamos si arrejuntábamos esfuerzos para organizar la subasta de Coleccionables en su iglesia.

El plan del padre Luigi era sencillo. Una vez al mes, la iglesia de Santa Apolonia ofrecía un servicio a los residentes del hospicio para ancianos del barrio, llamado Sereno Atardecer, o tal vez Dulce Atardecer, o quizá sólo Atardecer —en todo caso, un nombre de ésos, deprimente y predecible.

El domingo siguiente, tendría lugar la misa mensual dedicada a los viejitos. La mayoría de ellos, según el padre Luigi, era de familia acomodada. Provectos pero solventes, dijo. Teníamos que aprovechar al máximo el foro y contexto de la misa para sacarles unos «moneys» —así dijo, en inglés y en plural. Venderíamos, entre los seniles pero pudientes feligreses, una colección de mis Coleccionables con el fin de recaudar fondos para mí y para la parroquia: 30% para mí, 70% para Santa Apolonia.

Al principio me pareció un poco injusto, considerando que lo único que estaba poniendo el padre Luigi era la iglesia, y sólo de un modo más remoto, a sus postores, que si bien eran muchos, ya estaban chochos y achacosos. Nada me garantizaba una buena subasta con semejante público. Pero el padre me conminó a pensar en las almas decrépitas que alegraría con mi presencia, y en salvar la mía propia, bella, buena y eterna. Aunque no estoy seguro de que exista el infierno, sí soy de los que cree que más vale prevenir que lamentar. Además, el padre Luigi asintió sin reticencias a que yo hiciera una subasta de tipo parabólica, que era la más ad hoc a las circunstancias.

Claro, Carretera, las parábolas son el mejor vehículo de transmisión del gran poder del Espíritu Santo.

No dije parábola, repliqué, sino parabólica. Pero el padre Luigi, como todos los hombres de su oficio, suele desoír cuando lo que uno dice no corresponde con lo que él cree que uno debe decir.

Estuve algunos días pensando en la colección más adecuada para subastar ante un público de postores provecetos. Tuve una idea genial. Entre mis Coleccionables había una serie de dentaduras que habían pertenecido a hombres y mujeres infames pero a su manera geniales. Eran piezas reales, no piratas, palabra de honor. Me las había regalado uno de mis tíos favoritos, el gran Cadmo Sánchez, hijo de mi tía abuela Telefasa, y coleccionista involuntario de muchos tesoros. Le ofrecí esa colección al padre Luigi, y estuvo de acuerdo sin mostrar mucho interés por los detalles fascinantes de la naturaleza y procedencia de las piezas. Así son los hombres públicos, incluyendo a los curas: tienen la cabeza tan ocupada en ellos mismos que no sienten ninguna curiosidad por las vidas de los demás.

Tuve un último momento de duda y reticencia antes de cerrar el trato. No iba a ser fácil para mí mostrar públicamente un cogollo tan valioso de mi colección. Hubiera preferido, además, guardar el lote para cuando hiciera mi gran subasta. Pero al final acepté, por supuesto, porque no soy un tipo miserable. Y también porque recordé una tarde resplandeciente en que el maestro Oklahoma nos contó sobre una subasta parabólica en la que un pretoriano había subastado, tras la muerte del Emperador Pertinax en el año 193, el Imperio Romano entero; palabra de honor. A la luz de la historia, habría sido una falta de decoro no aceptar el pequeño reto que Fortuna me ponía delante. Fin de declaración.

*

El padre Luigi Amara pasó por mí temprano el domingo de la subasta. El día anterior un mensajero se había llevado mi colección de dientes a la iglesia, donde las piezas pasarían la noche. Al salir a recibir al padre Luigi a la entrada de mi casa empecé a notar que me temblaba ligeramente la mandíbula.

Supongo que el padre interpretó el temblor como nerviosismo por la inminente subasta; no sabía que el que me ponía todo temblorique era él.

No te me vayas a acobardar a la mera hora, me dijo, mientras salíamos por el monumental portón hacia la calle.

¿Qué pasó, Padre?, dije, la quijada temblándome como maraca caribeña, ¿qué me ve cara de gallo chinampo?

No es eso, dijo, y guardó un silencio tan difícil de interpretar que preferí no romperlo.

A medio camino nos dio hambre, así que pasamos por un atole al puesto de doña Magalita Arriola y nos lo fuimos sorbiendo estruendosamente hasta la parroquia. Ya frente a la puerta de la iglesia, el padre Luigi —los bigotes coloreados en las puntas con atole rosa— volvió a insistir.

¿No te me vas a echar para atrás, verdad?

No se me ofusque, Padre, soy un hombre firme.

Mira, Carretera, no va a estar fácil, pero tú nomás piensa que hay que salvar a esta parroquia del capitalismo salvaje que nos acecha, ¿de acuerdo? Y de paso así te me limpias el alma. ¿Entendido?

Entendido, Padre. ¿Pero a qué se viene tanta ceremonia?

Ninguna ceremonia. Sólo que sepas que esta gente te viene a ver a ti, Carretera, y que esperan mucho. Tal vez no lo sepas porque vives ahí encerrado en tu torre de marfil, pero tú eres una leyenda para muchas personas. Todo el mundo acá te conoce.

Me halaga, Padre. Siga, siga, no se contenga.

Pero deberías de considerar, Carretera, que tal vez algunas personas no te quieran mucho; tal vez algunas te odien.

Ya me olía a que me estaba dorando la píldora, ¿cómo quién, oiga?

Como tu hijo.

¿El Ratzinger va a venir?

Claro.

Pero usted me dijo que venía puro anciano rico a comprarme dientes. En eso quedamos. Ratzinger es un muchacho, no tiene nada qué hacer aquí.

Sí, pero cuando supo que estarías vendiendo parte de tu legendaria colección, quiso venir a verte. A la gente le das curiosidad.

No pues sí va a ser un dramón.

Eso temía que me dijeras.

¿Qué le iba a decir? Soy un subastador serio. No vengo de piñata ni de payaso de nadie.

Nadie está diciendo eso, no te me agüites. Sólo no se te olvide que ésta es una iglesia en crisis y que lo importante es vender.

Eso ya me lo dijo.

Para que luego yo pueda rezar por un mejor futuro.

Se pasa, Padre.

¿Ya sabes cómo le vas a hacer con las piezas de la subasta?

Sabía pero se me olvidó.

No es momento de vacilar, Carretera. ¿Ya estás listo?

Si ya hasta me voy a enfriar, Padre.

Muy bien, Carretera.

Sólo otra cosa, Padre. ¿Se sabe la historia de La Caperucita al revés?

No te entiendo, Carretera.

Yo siempre la recito antes de las subastas: me desentumece la lengua y me aceita la mandíbula. Tal vez se le antoje recitarla conmigo.

¿Cómo así?

Así nomás, bataes la tacirupeca donanminca por el que-bos, la-la-tra, la-la-tra, docuan de toprón, ¡zaz!, el bolo.

Muy bien, Carretera, muy bien. Si quieres tú síguele solito, y cuando den las 10:15, entras a la iglesia por la puerta de la sacristía. A esa hora, yo voy a estar dando la comunión. La misa acaba a las 10:30. En la sacristía te va a recibir un monaguillo que te va a dar un contrato que vas a firmar; una mera formalidad. Luego, te va a llevar hasta el púlpito desde el cual conducirás la subasta. ¿De acuerdo?

De docuera, Padre.

Eso.

Oiga, Padre, ¿y es buen muchacho?

¿Quién?

Ratzinger.

Es trabajador.

¿A qué se dedica?

Es guardia privado, como fuiste tú, pero él trabaja en la galería de arte que está junto a la fábrica de jugos, y no en la fábrica.

Mire nomás. Mi papá siempre decía que la genética era una ciencia llena de dioses.

Bueno, se hace tarde y tengo que entrar ya a la iglesia para prepararme, Carretera. ¿Ya estamos?

¿Le puedo decir una última cosa nomás, Padre?

Dime.

Con todo respeto, y sin albur, tiene atole en el bigote.

*

El padre Luigi desapareció bajo el arco del pórtico, mesándose el bigote y la barba con una mano envuelta en un extremo de la sotana. Yo, obediente, siempre he sido. En lo que daban las 10:15, seguí recitando a solas la historia invertida de La Capucita, dando vueltas alrededor de la plaza semidesierta frente a la iglesia: ¿Dedón vas tacirupeca, dedón vas? Voy a la saca de la talibuea.

Entre los feligreses que iban entrando en pequeños grupos por la puerta, distinguí de pronto el rostro de Ratzinger: el retoño era igualito a mí. No lo había vuelto a ver desde que dejé a la Flaca —la muy marrana me lo había prohibido; yo creo que como venganza. Pero, eso sí, yo había seguido cumpliendo siempre con mi deber: cada mes mandaba el cheque para la manutención del niño, hasta que mis cálculos sumaron dieciocho y dejé de mandar dinero —no se trata de criar mantenidos.

Siguiéndolo con la vista de ladito, vi entrar a Ratzinger por la puerta de la iglesia, y empecé a sentir que me venían los

váguidos. Sudor frío en las palmas de las manos, temblores en las ingles y nalgas, ganas de orinar y de salir corriendo. ¿Era posible que la presencia de mi propio hijo me destantea de esa forma? Me senté en una jardinera y conjuré la imagen de mis maestros, el maestro Oklahoma, Carlos Kenta Yushimito, y el inigualable Leroy Van Dyke. Soy un hombre de pedigrí, me dije, respirando hondo. Soy un brehom de gridipé, dije en voz alta. Soy el inigualable Carretera. ¡Raterreca! Soy el mejor subastador del mundo, no he sido mal padre, puedo imitar a Janis Joplin después de la segunda ronda, sé parar un huevo, sé nadar de muertito. Oklahoma había subastado un plátano; y los pretorianos, Roma. Yo, siendo evidentemente de ese mismo linaje excelso, podría subastar también mis preciados dientes de hombres infames. Ichi, ni, san, shi, ko, loco, sichi, hachi: Y cestonen, el bolo motó el nomica más tocor a la saca de la talibuea... ¡y se la mióco tadito!

*

En la sacristía me esperaba un monaguillo alto, copetudo y delgado que se identificó, no supe si en plan de cuchufleta, como Emiliano Monge. Me extendió un contrato, que debía firmar y rubricar. Al entregármelo, se disculpó:

Está en inglés, señor Sánchez, usted disculpe, pero si quiere se lo traduzco.

Ay, farito, si yo también sé inglés. ¿Pero por qué está en inglés?

No sé, señor.

Firmé las hojas del contrato una por una y luego me quedé haciendo helicópteros con la pluma hasta que el monaguillo Monge me hizo una señal con la mano para que saliera.

La iglesia estaba tupida de gente. Me llamó la atención el intenso olor del talco de los ancianos. Al enfilear hacia el púlpito repasé la sala en un largo oteo haciendo visor con la mano derecha, pero no alcancé a distinguir a Ratzinger entre la muchedumbre atenta. Detrás del púlpito, al cual ascendí todavía

con irresolución, estaba mi colección de dentaduras alineada sobre una mesa plegable de aluminio. Les di la espalda con cierta tristeza. El padre Luigi se me acercó y, envolviéndome con un brazo me susurró al oído, con ímpetu de director técnico: Ahora es cuándo, Chileverde.

Respiré hondo y comencé: Estimado Padre Nuestro que estás en los cielos, estimados feligreses de la iglesia de Santa Apolonia. El día de hoy nuestra congregación requiere de su generosidad, esfuerzo y compromiso, dije, pero me salió un tono como de político en picada que no me convenció del todo. Traté de modular mis inflexiones, de hablar con entusiasmo, entregando una sonrisa amplia y dentelosa a mi público.

Hoy tenemos frente a nosotros piezas valiosísimas, pues no sólo les pueden resultar útiles a quienes registran en la dentadura el corrosivo paso del tiempo, sino que cada pieza encierra una historia llena de pequeños aprendizajes, y en conjunto nos recuerdan el verdadero sentido de uno de los saberes más importantes de las sagradas escrituras: «Ojo por ojo, diente por diente». Esta famosa enseñanza no es un llamado a la represalia vengativa, como muchos creen, sino una invitación a hacer justicia a los detalles de las cosas, porque Dios está en los detalles de la dentadura. *Capisci?* Hice una pausa para el aplauso. Pero el público provento me miraba en silencio, con escepticismo de salón de escuela privada.

No perdí concentración, y proseguí. A todos los dueños originales de estas dentaduras los distinguía el estigma de los parásitos sociales, de gente quierenada y hacepoco; todos eran considerados compañías crapulosas; muchos padecían de demencia, megalomanía, melancolía, erotomanía y egomanía aguda. Todos estos infames eran escritores; pero eran, a la vez, almas geniales y hondas. O bien, como decía mi tío filósofo Miguel Sánchez Foucault a propósito de otro tema, todos representaban «ejemplos de vidas singulares convertidas, por oscuros azares, en extraños poemas». Los dientes de estos infames, entonces, son lo que se dice en mi gremio, «una reliquia metonímica». Y no hace falta ser supersticioso para saber

que, bien utilizados, ciertos objetos nos pueden transferir sus poderosas cualidades.

Les voy a contar las fascinantes parabólicas de todos estos dientes y quiero instarlos a que los compren, los lleven a sus casas, se los pongan, los usen, o simplemente los atesoren para *per secula seculorum*. Es decir, para por siempre. De lo contrario —exageré un poco y en tono amenazante—, si estas reliquias no encuentran dueño al final de la jornada, serán vendidas al extranjero. Y es lo último que nos faltaba: que lo poco que tenemos se lo lleven los demás.

Noté que con este último argumento, aunque fuese un poco falso, había empezado a capturar por fin el corazón cardenista de mis viejitos. Sin más introducciones, me di la media vuelta, enfilé hacia mis dentaduras coleccionables, tomé el primer lote entre las manos y, sosteniéndolo en alto mientras caminaba de vuelta al púlpito, como pitonisa en pleno trance delfico, empecé a enunciar mi encante con la destreza y gracia que sólo poseemos los mejores de mi estirpe.

PARABÓLICA NO. 1

Primer lote. Ejemplar algo deteriorado, pero completo en un 75%. Faltan molares importantes. Pero considerando su antigüedad, las condiciones generales son buenas; incluso excelentes. Las puntas de los dientes presentan achatamientos, razón por la cual se sospecha que su dueño original, el señor Platón, comía y hablaba sin parar. El señor Platón medía 1.65 metros de estatura y 85 cm de ancho: era mediano pero robusto, con porte de luchador. Tenía barbas largas, algodona-das, color beige; copiosa cabellera del mismo tono y textura. Ignoraba las convenciones de la moda: llevaba la toga suelta y sin cinto. No usaba sandalias. El señor Platón comparó una vez la dentición con el enamoramiento. Dijo: «En este estado, el alma entra en efervescencia e irritación; y esta alma, cuyas alas empiezan a desarrollarse, es como el niño, cuyas encías

están irritadas y embotadas por los primeros dientes.» ¿Qué bonito, no?

Ni tan bonito, si pensamos que un día este infame fue hallado en la entrada de una caverna, adentro de la cual tenía encadenado a un grupo de hombres y mujeres que contemplaban su propia vida como en una danza de sombras proyectadas en la pared. En pocas palabras: un tipo de lo más decrepito y sádico.

Guardé unos instantes de silencio para mayor efecto. El fresco de la mañana empezaba a entrar a la parroquia por el gran portón principal. Me pareció que un rayo de luz divina bajaba desde el cielo, iluminando milagrosamente el púlpito. Subí la mirada y enseguida noté al monaguillo Monge trepado en un balcón de la nave central de la iglesia, iluminándome con un reflector. No era luz divina, pero aun así, la luz del reflector me llenó de inspiración. Tomé aire: Señores y señoras, ¿quién da más por la dentadura cavernosa del primer infame?

Se alzó una mano tímida al fondo de la parroquia: 1,000 pesos. La siguió otra, más afanosa: 1,500. Y otra, y otra, y otra. El ejemplar se fue por 5,000 pesos. No estuvo mal, para calentar motores. Se lo llevó una anciana menuda, vestida opulentamente, con una de esas caras de moscamuerta tras las cuales se esconde la pura maldad. A mí me gusta la filosofía, dijo, la muy fantoche. Y sobre todo Platón, todo Platón, lo que sea de Platón. Por eso se llevó a tan alto precio los dientes más desgastadillos de mi colección, yo creo. Me aclaré la garganta y seguí con mi segundo infame.

PARABÓLICA No. 2

Los dientes son escasos en esta célebre dentadura: faltan las muelas importantes y un colmillo. Su dueño, procedente de África del Norte, era de estatura media, brazos lánguidos, piel lisa. Hay disputas sobre si era blanco o negro. En mi opinión, era negro sin ambigüedades. Se llamaba Agustín de Hipona y en la cima de su cabeza era visible un parche sin pelo, como

si se tratara del cráter de un volcán. Si hubiéramos podido asomarnos a la entraña de dicho volcán humano, estimados y piadosos feligreses, hubiéramos descubierto una de las memorias más laberínticas a las que ha dado luz la unión de la madre Naturaleza con Dios padre. Aquella memoria prodigiosa, cuyas compuertas inferiores eran, precisamente, estos dientes que tenemos hoy delante de nosotros, era comparable con un campo abierto, infinito, donde estaban todas las copias de las impresiones que entraban a través de los sentidos, así como sus muchas variaciones; estaban las cosas que se le habían encomendado; los abstractos números de las matemáticas; los recuerdos de él mismo de más joven, falsos y verdaderos; y aun, en lugares más remotos, todas las cosas que parecían olvidadas pero no lo estaban.

¿Ven este hueco entre el primer y el tercer molar? Si hubiéramos podido entrar por ese orificio y adentrarnos hacia arriba por los circuitos laberínticos que lo conectaban con la cabeza que anidaba la dentadura, encontraríamos, en uno de los cuartos más remotos, a un jovencito estudiante de retórica, que es por supuesto el mismo Agustín, padeciendo un dolor de muela que lo mortifica de sobremanera. El jovencito está rodeado de familiares y amigos, y todos piensan que morirá pronto, pues es tanto su dolor que no puede siquiera abrir la boca para explicarles lo que le aflige. En un momento dado, reúne fuerzas, y en una tableta de cera escribe: Rezad por mi salud. Los amigos y familiares rezan y, entonces, el muchacho se cura. Un milagro. Decide entonces entregarle su vida a Dios mediante un libro que empieza a escribir apenas unos años después, sus famosas *Confesiones*. Así es, queridos postores, este señor escribió un libro por un dolor de muela. El libro es una serie de confesiones coleccionables cuyo mayor encanto es que se vuelven propiedad de uno en cuanto las lee. Se podría decir que son confesiones transferibles. Si no lo han leído, léanlo. Y si no lo consiguen, se los presto, lo tengo en mi casa; palabra de honor. Lo que sí tengo aquí frente a ustedes, listos para llevar, son los dientes de este señor. ¿Quién da más

por los dientes memoriosos de Agustín de Hipona? ¿Cuánto dan?

Hubo varios interesados. El primer postor ofreció 500. El siguiente quiso ofrecer menos en vez de más, apelando a mi compasión, alegando que desde hacía unos años estaba perdiendo la memoria y que realmente él necesitaba esos dientes más que nadie. Sus compañeros de banca rápidamente lo callaron y obligaron a sentarse, argumentando que su caso no era especial. Supongo que tenían razón. Al final de la ronda, se llevó la dentadura de San Agustín una señora con cara y cuerpo de tecolote, por 3,000 pesos. Tomé la tercera pieza de la mesa a mis espaldas, y regresé al púlpito.

PARABÓLICA No. 3

Faltan siete dientes en esta dentadura senil singular. Su dueño era de estatura eminente, proporciones armoniosas y rostro notoriamente bello. Se llamaba Francesco Petracca, aunque se hacía llamar Petrarca, yo creo que porque sonaba más patriarcal. Era poeta y cantautor. Vago, como todos; inconstante, melcochoso, pero diestro.

Hace unos años, un grupo de científicos abrieron su tumba, porque el gobierno italiano quería hacer una reproducción exacta y definitiva de su rostro para la conmemoración de los setecientos años de su muerte. Al reensamblar los huesos de su cráneo, los científicos sospecharon que aquellos huesos pertenecían muy probablemente a una mujer. Su sospecha, en mi parecer, se debía simplemente a que la cabeza que hallaron era pequeñísima, demasiado pequeña para ser la de un hombre; la de ese hombre. Mandaron a hacer pruebas de ADN de una costilla y una muela. Tras unos días, el Dr. Caramelli, jefe del equipo de científicos, declaró públicamente que los resultados ambiguos de las pruebas no confirmaban pero apuntaban sus sospechas: era evidente que cuerpo y cabeza eran de individuos diferentes, pero no se había podido comprobar el

sexo de ninguno. Y como no se pudo comprobar, se determinó que la cabeza era «apócrifa». Pobre Petracca. Fin de explicación científica.

Por el extravío de la cabeza inculparon al padre Tomasso Martinelli, un cura del siglo xvii, a quien además de todo juzgaron alcohólico. Ahí sí sin mayores pruebas dictaminaron que Martinelli había vendido a unos postores la cabeza de Petrarca para poder comprar unas cajas de vino. Lo que a ningún político italiano se le ocurrió fue que tal vez el cuerpo dentro de la tumba le había pertenecido a otro; y la cabecita, al señor Petracca.

Tras años de investigaciones, no me cabe duda de que estos dientes son los de Petracca. Una prueba fehaciente de este hecho es que una vez Petracca mismo escribió, en su *Libro sin nombre* poco antes de morir: «Tengo más de setenta y me quedan apenas siete dientes». En esta dentadura, señores y señoras, ¿cuántos dientes hay? Ichi, ni, san, shi, ko, loco, sichi... exactamente siete. ¿Ya ven?

Se suma a estas pruebas el hecho de que esta dentadura es un reflejo exacto de su carácter. Los dientes, queridos postores, son la verdadera ventana al alma; son la tabula rasa donde se imprimen todos nuestros vicios y todas nuestras virtudes. Al señor Petracca lo distinguía un temperamento colérico, una inteligencia afilada y una debilidad por los placeres sensuales: era más lujurioso que una cabra. Mírese si no la longitud de este colmillo. Se dice que una vez fue hallado junto a la puerta de la iglesia de Santa Clara, mirando pasar a las viudas, a las solteras y a las casadas que entraban a encomendarse a la virgen de Santa Clara a todas horas del día. El señor era un auténtico picaflores. Les tiraba piropos, les cantaba composiciones bochornosas de su propia autoría, les estudiaba los tobillos y las nuca. Durante años estuvo atosigando a la esposa del prominente Conde Hugo de Sade, la bellísima y discretísima doña Laura de Noves. Por supuesto, no consiguió la atención de la recatada dama. Pero lo intentó. Además de esta atrocidad, se sabe que este infame tenía el hábito de escribir correspondencia íntima a personas a todas luces imaginarias y,

lo que es peor, a todas luces muertas. El señor Petracca llamaba a los productos de aquella práctica demoniaca «cartas familiares» y a veces «cartas seniles». A mí, «senil» me parece más apropiado que «familiar». Senil, o incluso, diría yo, demente: cartas dementes a los muertos. Sin ánimo de ofender a los presentes. Petracca coleccionaba todas las cartas que escribía. En total, llegó a recopilar 128 cartas seniles y 350 cartas familiares. Era un coleccionista atrevido, majadero, gandul: genial.

Su alta infamia no tiene parangón, queridos mis feligreses, de modo que en este caso me veo obligado a poner el listón alto: ¿Quién da 1,500 pesos? ¿Quién los da?

Un hombre casi calvo, de cuello muy delgado y cara de alcancía, ofreció 1,600. Noté, cuando abrió la boca para gritar la cantidad, que no tenía un solo diente en la boca. Nadie más alzó la mano. Se fueron los siete dientes seniles de Petracca.

El padre Luigi, de pie como un Cerbero junto a la fila de mis coleccionables, me extendió la cuarta pieza. Me incitó con las cejas a continuar.

PARABÓLICA No. 4

Este ejemplar ha sido desde hace años uno de los más codiciados en el mercado de coleccionables parabólicos portátiles. Su dueño era un petacón menudo, con nariz de bala y frente como de nalga de cochino. La megalomanía no tuvo límites en el alma de este infame de bajísima estatura. En más de una ocasión dijo: «Me estudio a mí mismo más que a cualquier otra materia; soy mi física y mi metafísica». ¿Se imaginan? Y medía apenas 1.47 cm. El pelo lo tenía escaso y ralo, aunque sus ideas eran robustas y abundantes.

El dueño original de estos dientes, el señor Montaña, o Montaigne en buen francés, tenía una mirada honesta y serena. La expresión de su rostro era entre melancólica y jovial. Su torpeza para las actividades cotidianas, sin embargo, alcanzaba límites burlescos: la letra manuscrita era ilegible, era incapaz

de doblar bien una carta, no sabía ensillar un caballo, ni cargar un halcón y hacerlo volar; no tenía autoridad alguna sobre los perros; ni sabía comunicarse con los caballos. Un aparente inútil, pues. Un inútil, sin embargo, que siempre gozó de buena salud bucal, con la excepción de una amigdalitis recurrente. Prefería la carne casi cruda, incluyendo la del pescado. No le gustaban las frutas ni verduras, salvo los melones. Tal vez sea por eso que esta dentadura se presente en tan buen estado y completa en un 85 %. Los dientes son, además, de calidad sublime: esbeltos, finos, ligeramente puntiagudos. ¿El secreto de sus longevos dientes? El señor Montaigne decía: «J'ay aprins dès l'enfance à les froter de ma serviette, et le matin, et à l'entrée et issue de la table.» O sea, que aprendió desde la infancia a frotárselos con su servilleta en la mañana, y también antes y después de la cena. ¿Quién da más por los dientes limpiecitos de Montaigne?

Una ola de entusiasmo inusitado se propagó entre los postores. Vendí a mi ejemplar favorito por 6,000 pesos mexicanos. Lo compró una anciana de rostro olvidable y esqueleto mediterráneo. (¿Por qué todas las chuladas mediterráneas se convierten en saleritos?)

Ya para el final de la ronda me empezaba a sentir como Juan Pablo II. Me imaginé entrando al Estadio, abarrotado, yo saludando al pueblo con una mano en alto. Habría sido la envidia de Mussolini, la envidia de Madonna, Maradona, Sting, Bono y el mismísimo Leroy Van Dyke. Envalentonado, empecé con la siguiente dentadura sin titubear.

PARABÓLICA No. 5

Del señor Rousseau conservamos sólo dos dientes; pero qué dientes. Nuestro adorable infame tenía un rostro aristocrático en el cual la más mínima gestualidad parecía sofocada por una conciencia vigilante y dominadora. Tenía ojos expresivos y ágiles, pero la mirada no imponía. Su sentido del humor era

dolorosamente infantil a pesar de su innegable inteligencia. Creía fervientemente en la naturaleza bondadosa del hombre; sobre todo en la suya propia. El señor utilizaba hombreras puesto que casi no tenía hombros. La insolvencia de éstos, sin embargo, era compensada por una barbilla varonil —amplia, cuadrada, y partida por la mitad por un hoyuelo— adentro de la cual reposaba una dentadura siempre invisible a los demás: no la mostraba, por fea, ni en la intimidad. Él mismo era consciente de la monstruosidad grosera de sus dientes. Era un lector ávido de Plutarco, del cual aprendió algunas virtudes y muchos vicios. En sus *Vidas paralelas*, Plutarco relata que la cortesana Flora nunca abandonaba a su amante Pompeyo sin asegurarse de que llevara en los labios la impresión de sus dientes. Después de leer aquello, el señor Jean-Jacques adquirió también la costumbre de pedir a sus amantes que lo mordieran antes de partir. Pero él no correspondía a los mordiscos, pues, como decía, sus dientes eran «épouvantables», es decir, espantíferos. No exageraba.

Como se puede suponer, el hecho de que sólo se conserven dos piezas de Rousseau no se debe a sus hábitos de higiene, que eran los de un hombre decente, sino a la mala suerte que tuvo. El señor Rousseau dedicó buena parte de su vida a caminar. Así nomás: el mequetrefe caminaba como si de sus pasos dependiera el bienestar de la humanidad. Un día salió a dar un paseo por la calle y fue arrollado por un perro. Al parecer, el perro pasó corriendo a gran velocidad, se enredó un instante entre sus piernas, y nuestro hombre infame voló hacia la zanja que bordeaba el camino entre su casa y el pueblo. Perdió dos piezas dentales, mismas que hoy tenemos aquí. Son sólo dos dientes, pero como ya he dicho, qué dientes: son tan horribles que merecen un monumento. Estas dos piezas en particular parecen escaleras de caracol hacia un cielo raso otrora cubierto de sarro.

¿Quién da más por los dientes solitarios y sarrosos de Rousseau?

La gente es morbosa y sórdida hasta cuando no quiere serlo. Yo creo que sólo por querer estudiar esos dientes

maltrechos los postores ofrecieron más que nunca. Se los llevó un señor con acento extranjero, de dentadura completa pero sonrisa críptica, tras una ronda acalorada, por 7,500 pesos.

PARABÓLICA No. 6

¿Se ha visto en una dentadura una mandíbula tan saliente? El pobre dueño de esta deforme dentadura, el señor Charles Lamb, era tan prognata que debía mantener la boca siempre entreabierta. De lo contrario, uno de sus colmillos frotaba contra la lengua y el labio superior, causándole una colección de llagas y úlceras dolorosísimas. No es aventurado conjeturar que todo lo que escribió el señor Lamb —que fue mucho y muy bueno— fue producto de la tortuosa disposición de su dentadura. Era tartamudo como un becerro y su escritura era igualmente tartamuda. En una ocasión le escribió una carta tartamudísima a su amigo Wordsworth, diciéndole «Ahora mismo, tengo la punta picuda de un diente pinchándome la lengua, la cual se topa con el diente a medio camino, inmoral provocación, y ahí van los dos de nuevo, la lengua pinchándose como una víbora contra sí misma, y el diente mortificando la encía, torturándola, lengua y diente, diente y lengua, tan duro —yo, mientras, pagando la factura—, hasta que la boca entera se me pone caliente como el azufre.»

¡800 pesos por los dientes tartamudos de Lamb! ¿Quién ofrece más? ¿Quién da más? Nadie los quiso.

PARABÓLICA No. 7

Tenemos frente a nosotros la dentadura del máximo holgazán quierenada, don G.K. Chesterton. Medía 1.80 y pesaba 110 kg. Era del ancho de los barriles donde se añejan los vinos baratos. Tenía el cogote colgante, los cachetes abombados, los ojos hundidos de tanto fruncir el ceño. Bebía leche en abundancia.

La dentadura es lamentable pero carismática como pocas: entre los incisivos centrales inferiores se abre una ranura en la cual cabría la boquilla de una pipa chica o un cigarro; el incisivo central derecho es de color violáceo y presenta una importante cuarteadura. Se sospecha que el daño a este diente fue producto de la inclinación confesa del señor Chesterton por masticar canicas. Cito de memoria y en inglés: «We talk rightly of giving stones for bread: but there are in the Geological Museum certain rich crimson marbles, certain split stones of blue and green, that make me wish my teeth were stronger.»

Este gordo absoluto salió un día de su casa, posiblemente masticando una canica, con el firme y unívoco propósito de dibujar sobre una plana de papel marrón con gis. Colocó seis gises de colores brillantes en sus bolsillos, algunos pliegos de papel marrón bajo el brazo, y salió a la calle —sombrero, bastón y saco— para retratar el mundo a su alrededor. En un momento dado, cuando el hipopotámico haragán se encontraba ya en los páramos apacibles del campo inglés, se le acercó mansamente una vaca rumiante: el segundo ser más imbécil, dicho sea de paso, del reino animal —el primero siendo por supuesto la jirafa; y el tercero, el canguro australiano.

El antedicho poltrón hizo un desapasionado primer y segundo intento de retratarla con el gis, pero pronto notó que su talento terminaba ahí donde empezaban las piernas traseras del cuadrúpedo. Tras sopesarlo apenas unos instantes resolvió, el muy bovino, pintar el alma del mamífero en vez de su apariencia externa. La pintó morada con resplandores plateados. Y ya.

¿Quién da más?

Hubo un largo silencio.

La compra de este ejemplar incluye, por cierto, el dibujo de la antedicha vaca.

¿Quién da más?, repetí.

Los dientes del holgazán se fueron por apenas 2,500 pesos mexicanos. Se los llevó, naturalmente, un hombre ancho.

Hay dentaduras atormentadas. Tal era el caso de ésta, propiedad de la señora Virginia Woolf. Cuando la dueña de esta dentadura cumplía apenas treinta años su médico psiquiatra elucubró una teoría según la cual sus males sentimentales provenían de un exceso de bacterias acumulado en torno a las raíces de sus dientes. Resolvió extraerle tres de ellos —los que parecían más afectados. No sirvió de nada. A lo largo de su vida le extrajeron varios más. No sirvió de nada, *rien de rien*. La señora Woolf murió por mano propia, con muchos dientes falsos. Sus conocidos no la vieron sonreír más que en su funeral. Dicen que, ya muerta, reposando en el ataúd entreabierto en el centro de su sala, desplegó una sonrisa que iluminó su semblante afilado, anémico e inteligente. ¿Quién da 8,000 pesos por esta dentadura torturada? ¿Quién?

Tras un silencio, un señor de rostro terco pero respetable, se la llevó por 8,900. En cuanto hube cantado el último «se fue», dejando caer la cabeza de mi martillo sobre la superficie inclinada del púlpito, escuché un graznido de pájaro entre la feligresía.

Ya cállate, Jacinto, dijo alguien enseguida.

Pero el graznido se repitió. Entonces noté que un hombre menudo se estaba poniendo de pie en la tercera fila, sobre una de las bancas. Quitándose el sombrero me miró como desde un lugar remoto y abrió la boca lentamente para soltar otro graznido. La masa del público crepitó en un cuchicheo indistinguible.

Que te calles y te sientes, Jacinto, dijo otra vez alguien.

Varios lo secundaron. Pero el señor ignoró a sus castrantes compañeros de ancianatorio, y yo, con la autoridad que me confería el púlpito, ordené que lo dejaran seguir. Graznó otra vez, ahora con más aplomo y más volumen. Se apagaron los murmullos. Entonces, con la gracia de un bailarín profesional, el hombre alzó los brazos a la altura de los hombros y, sin dejar de graznar, empezó a batirlos lentamente, como simulando el

vuelo de un pájaro. Yo no soy de los que lloran fácil, pero sí se me amarró un nudo de tristeza en la garganta.

Cuando el señor terminó de simular su vuelo, se sentó otra vez en la banca y se colocó el sombrero en la cabeza. Me costó reanudar las parabólicas. Algo en la suspensión temporal que produjo el imposible vuelo de ese viejo en la banca de la parroquia me había conmovido hasta la médula.

PARABÓLICA No. 9

Nuestro penúltimo ejemplar, señores y señoras, exuda una melancolía mística. Los dientes mismos son cocodrílicos, pero su despliegue es casi angelical. Noten la curvatura inferior: parece el ala de un ángel en ascensión. Su dueño, el señor Jorge Francisco Isidoro Luis Borges, era de estatura mediana. Las piernas cortas y delgadas sostenían un torso a la vez sólido y cenceño. Tenía la cabeza del tamaño de un coco chico, el cuello delgado y flexible. Los ojos revoloteaban de un lado al otro, inservibles, impermeables a la luz del sol pero prestos a recibir la iluminación de ideas bellas y buenas. Hablaba pausadamente, como buscando adjetivos en la oscuridad. Era panteísta.

¿Cuánto dan?

Para mi enorme decepción, dieron apenas 2,500 pesos por los dientes melancólicos de Borges.

PARABÓLICA No. 10

Nuestro último ejemplar coleccionable, señores y señoras, consta de un único diente. Una muela, en realidad. Su dueño se mueve todavía por el mundo con la parsimonia de un animal mitológico y la ingravidez de un fantasma eterno. El diente perteneció al señor Enrique Vila-Matas y antes de existir, fue escritor. Me explico. El susodicho señor Vila-Matas soñó una vez que se le caía una muela mientras dormía y que un señor de

nombre Raymond Roussel entraba por la puerta de su cuarto, lo despertaba dando gritos como de coronel, propinándole una serie de consejos exagerados sobre hábitos alimenticios. Antes de volver a salir por la puerta, Raymond Roussel recogía la muela de entre las sábanas y se la metía en el bolsillo del saco.

La mañana siguiente, el señor Vila-Matas se tentó la dentadura para ver si en efecto se le había desprendido una pieza. Todo estaba en su lugar. Trató entonces de escribir un cuento como para ahuyentar la posibilidad de que eso sucediera en realidad un día.

Varios años después, mientras comía langostinos a la diablo con su amigo Sergio Pitol en el pueblo de Potrero, en Veracruz, el señor Vila-Matas le contó el episodio de la muela. A la mitad de su relato, sin embargo, una muela en efecto se le desprendió y cayó al plato, confundiéndose entre los langostinos. El señor Sergio Pitol, que es un hombre de gran sabiduría y misticismo, le dijo que le diera a él la muela, pues él conocía a un chamán en el pueblo que enterraba los dientes de los mejores hombres y mujeres, y hacía con ellos un ritual de magia blanca que aseguraba la eternidad dichosa de su alma en el recuerdo de los seres humanos. El señor Vila-Matas se la entregó con cierta reticencia, pero sabiendo que su amigo cumpliría su palabra.

Ese chamán de Potrero, señores y señoras, es mi tío, el gran Cadmo Sánchez, hijo de mi tía abuela paterna Telefasa Sánchez. Cuando mi tío Cadmo murió hace unos años, su hijo, mi primo, un imbécil que no merece mayor mención, me llamó por teléfono para decirme que su padre me había dejado una parte de su herencia y que, si me interesaba, debía ir en ese instante a Potrero a reclamarla. Tomé un autobús esa misma noche.

Mi tío Cadmo me había dejado, como habrán conjeturado ya para estas alturas, la colección de dientes de grandes infames, que tenía enterrada debajo de un hermoso árbol de mango a las afueras de Potrero. En una nota me explicaba que ese predio iba a ser expropiado en unos meses por el gobierno,

pues se iba a poner ahí mismo una planta de luz. Me encargaba, entonces, desenterrar los sagrados dientes y buscarles un mejor destino.

Henos aquí, queridos feligreses, y helo aquí, el último diente de la colección. La muela de don Vila-Matas. ¿Quién da más?

*

La mera verdad es que no recuerdo cuánto dieron. Yo estaba ya en la cumbre del torpor que provoca el clima casi tóxico de una subasta hasta eso exitosa.

Subastar es una actividad que causa en mí una adicción irrefrenable, como a algunas personas el juego, ciertos fármacos, el sexo o la mentira. Entre más subasto, más cosas quiero subastar. Cuando era joven, salía de los encantos con ganas de rematarlo todo: los coches que veía en las calles, los semáforos, los edificios, los perros, los ancianos lentos, los insectos que cruzaban distraídamente mi campo de visión.

Los feligreses estaban igualmente embriagados por los humos embrutecedores de mi subasta. Querían más. Era notorio, querían seguir comprando. Y a mí me gusta complacer a la gente, no por agachado y obsequioso, sino porque soy atento y afable. A falta de más piezas, decidí, en un golpe de genio adjudicable al entusiasmo que me tenía poseído, subastarme a mí mismo.

Soy Gustavo Sánchez Sánchez, dije. Soy el inigualable Carretera. Y yo soy mis dientes. Los ven amarillentos y un poco desgastados, pero les aseguro: estos dientes pertenecieron un día a la mismísima Marilyn Monroe, que no necesita introducciones ni parabólicas. Si los quieren, me tienen que llevar a mí completo. No di más explicaciones. No elaboré más parabólicas.

¿Quién da más?, dije, en tono sereno y quedo.

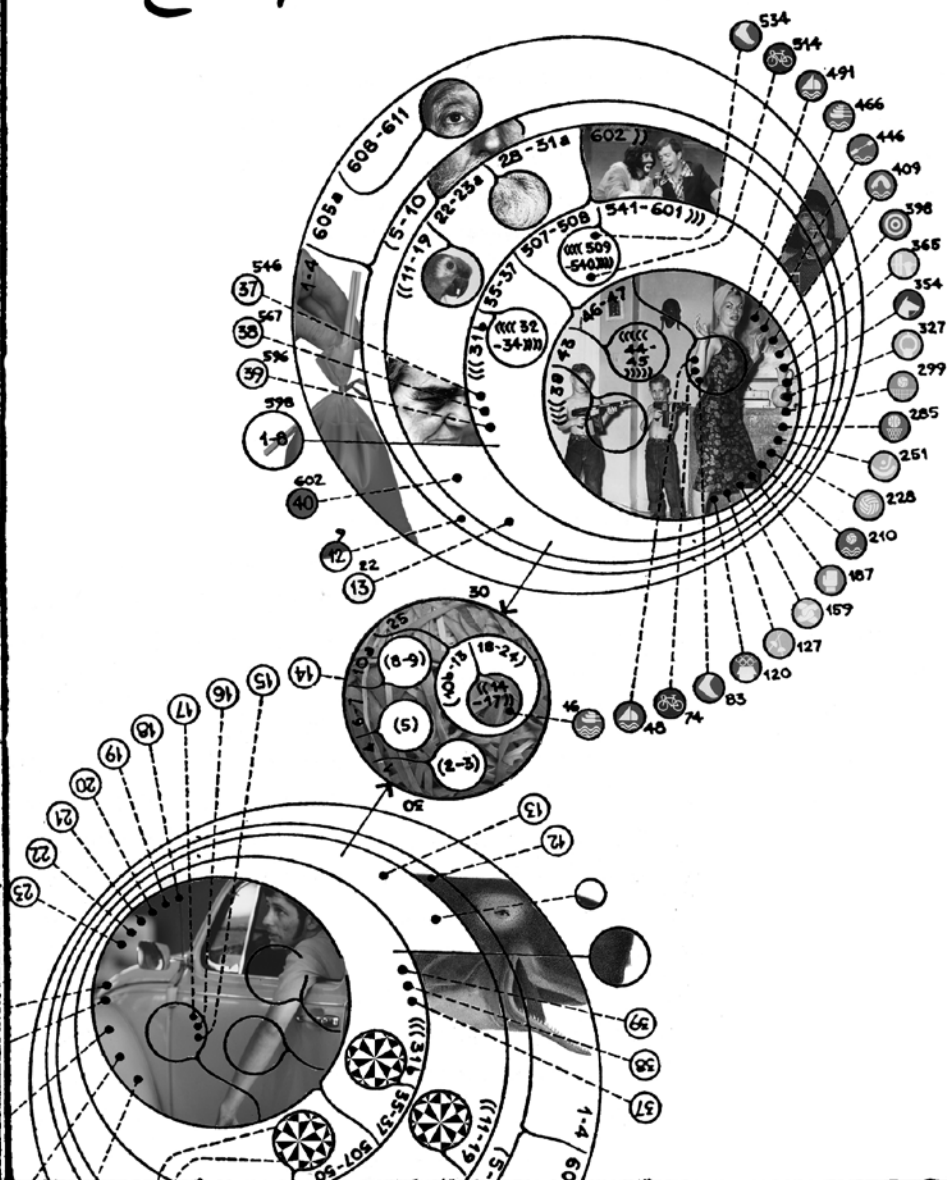
No sé si le debo atribuir a mi suerte lo que pasó a continuación. Puedo decir, eso sí, que soy un hombre con colmillo. ¿Quién da más?, repetí ante un público impávido. Se alzó


una mano. Pasó exactamente lo que yo había imaginado que ocurriría. Por los 100 pesos mexicanos iniciales que ofrecí, Ratzinger me compró.



Libro III

Hiperbólicas



 對於從來沒有哲學家，可以耐心地忍受牙痛。

[Nunca hubo un filósofo que pudiera
soportar un dolor de muelas con paciencia.]

Mi tío Marcelo Sánchez-Proust escribió una vez en su diario:

Cuando un hombre está durmiendo tiene en torno, como un aro, el hilo de las horas, el orden de los años y de los mundos. Al despertarse, los consulta instintivamente, y, en un segundo, lee el lugar de la tierra en que se halla, el tiempo que ha transcurrido hasta su despertar; pero estas ordenaciones pueden confundirse y quebrarse.

A mí nunca se me confunde ni quiebra nada a la hora de despertarme. Soy lo que se dice inconfundible e inquebrantable, como todos los hombres sencillos. Todos los días me devuelve al mundo de la vigilia la simple y bella certeza de mis modestas pero firmes erecciones matutinas.

No soy un caso raro. Al contrario. Recientes estudios científicos comprueban que la gran mayoría de los hombres notan, al despertar cada mañana, antes que cualquier otra cosa, la turgencia y rigidez de su órgano sexual. El motivo es sencillo. Durante la noche, el cuerpo bombea sangre al órgano masculino para mantener en éste la temperatura que asegure su salud íntegra y normal funcionamiento. Por consecuencia, muchos hombres despiertan con una potente y orgullosa erección, que por su intensidad funciona como una primer ancla en el mundo durante el tránsito del sueño a la vigilia. Las mujeres no experimentan nada semejante, y por este motivo suelen sentirse completamente desorientadas al despertar. No cuentan con ese Caronte manso y leal que les paute el camino de un mundo a otro.

Este fenómeno de la constitución masculina, llamada vulgarmente «tienda de campaña», es un evento biológico y en lo

absoluto psicológico. Pero, como tantos fenómenos biológicos, se puede transformar rápidamente en una cuestión de salud mental y espiritual. Si la erección matutina permanece desatendida y debe bajar por sí misma —durante los primeros sorbos de café o bajo el chorro de la regadera— el hombre acumula humores malignos que lo colman de resentimiento y rabia a lo largo de día. Se torna circunspecto, taciturno, secretamente violento, y puede incluso empezar a albergar pensamientos pérfidos hacia sus conciudadanos, incluyendo los miembros de su familia y sus colegas de trabajo. Sin embargo, si la persona que duerme a su lado se muestra empática y libera al órgano de su acumulación de flujos corporales, el hombre permanece templado y apacible a lo largo del día; incluso diríase bonachón y filantrópico. Fin de explicación científica.

Mi tío Marcelo Sánchez-Proust, que tenía muchas teorías sobre muchas cosas, decía que había que casarse con una mujer que fuera comprensiva con esta condición natural de los hombres. Había que encontrar a una madama, decía, «que atemperara la furia que se acumula en las largas duermeveras de los hombres sensibles a la elasticidad del tiempo.» Ni quién le entendiera. Pero decía que él, por ese motivo, se había casado con la tía Nadia y permanecido fiel a ella hasta el día de su muerte (la pobre murió de angina de pecho, como Benito Juárez). Puede que la tía Nadia tuviera mucho de mosca muerta y que se vistiera como institutriz de orfanato, pero era, indudablemente, una maestra del mañanero.

Yo en cambio nunca tuve suerte en ése ámbito —tal vez porque la suerte de un hombre afortunado, como es mi caso, se distribuye de tal forma que no logra abastecer los rincones más íntimos y apartados de la experiencia humana. Como una curva de Bell. La Flaca me cumplió hasta que quedó embarazada: aproximadamente dos semanas. Después, nunca más. Siempre fue bastante miserable con las necesidades ajenas y sobre todo las mías. Pero tampoco encontré solaz matutino con las otras mujeres de mi vida. A la Vane, que no era nada fea, le olía la boca a pollito, así que era yo quien rehuía al contacto. La

Vero, por otro lado, guardaba una extraña semejanza con el ex presidente Felipe Calderón mientras dormía, yo creo que porque se le hinchaba un poco la cara, sobre todo la boca, la nariz y los párpados. Por más que yo quisiera, en cuanto la veía ahí, dormida, inflada y deformada por el sueño, idéntica al presidente de aquellos años oscuros de nuestro país, me entraba tal terror que me salía de la cama de puntillas y en silencio para hacerme un café bien cargado. Y la Vania, por último, tenía muy mal genio en la mañana. Nunca me atreví a arrimarme por miedo a que se me viniera encima a chingadazos con la cadena que guardaba en su buró. Yo dejaba, en todo caso, que ella hiciera la primera movida, que solía consistir en una orden polisilábica y difícil de interpretar, cadena en mano, del estilo: Carretera, arrodíllateme y chúpate-mela. O bien: Carretera, acuéstateme aquí y arrímatemela tantito. O simplemente: Carretera, cúpleteme. Pero como de todos modos —y menos mal— la Vania casi nunca daba el primer paso, aprendí a resignarme. Tengo una capacidad inigualable para la resignación. Así somos los hombres católicos.

*

Esa mañana, la mañana de mi breve secuestro, noté la erección cuya presencia de escudero fiel me devolvía diariamente a la conciencia del mundo. Quise acomodármela, pero una pesadez exagerada en las manos me lo impidió. Creo que me volví a quedar dormido, pensando en eso que decía mi tío más pesimista, James Sánchez Joyce, de que la historia es una pesadilla de la cual nos estamos siempre tratando de despertar. No sé cuánto tiempo pasó —segundos, tal vez minutos. Cuando comencé nuevamente a recuperar el conocimiento, lo primero que distinguí fue un olor penetrante, como de madera recién barnizada, y enseguida sentí un ardor insoportable al interior del puente de la nariz. Estaba acostado sobre una superficie fría y dura, pero sudaba copiosamente por las sienes. La cabeza me pulsaba como corazón de pajarito. Sentí entonces una

extraña hinchazón en la lengua; y, en la garganta, el sabor ferroso de la sangre. En el silencio que amplificaba las palpitaciones desacompasadas que me rebotaban en el pecho, escuché un ronroneo, tal vez un ronquido sofocado, casi una queja. Conjeturé que estaba en un cuarto donde dormían más personas. Preferí no abrir los ojos, y traté de dormirme una vez más, sin conseguirlo del todo.

Lo último que recordaba, después de la subasta en la iglesia del padre Luigi, era haber salido a la calle de la mano de Ratzinger. Me vino la idea en ese momento de que la última vez que lo había tomado de la mano, la suya aún cabía adentro de la mía. Pero sofoqué de inmediato esta idea porque me dieron ganas de llorar. Nos fuimos de la mano cruzando la plaza hacia un coche que nos esperaba en la esquina, yo cantando la-la-tra, la-la-tra y tratando de explicarle a Ratzinger el mecanismo tan campechano del cuento de «La Caperucita» invertida, pero Ratzinger miraba de frente y me ignoraba por completo, como ignoran los padres a los hijos cuando éstos les explican cosas complicadas.

*

Todavía con los ojos cerrados y tratando de permanecer en el estado dulce del duermevela, me repasé lentamente el techo del paladar con la punta de la lengua. Ahí fue cuando se me cayó el mundo. Cuando quise paseármela por la columnata arqueada de mi dentadura sacra, grácil y santificada como la columnata de San Pedro del maestro Bernini, me encontré con un gran vacío. Nada. ¡Nada! Ni un solo diente. ¡Ay Marilyn! Me llevé una mano a la boca y abrí súbitamente los ojos. Me tenté los labios, la lengua, el paladar y las encías pelonas. Nada, ni un diente. ¿Qué habría hecho el gran arquitecto de San Pedro si hubiera llegado un día al Vaticano y notado que las portentosas columnas dóricas que delimitan en semicírculos el atrio que anuncia la aun más gloriosa altura del monumento al Catolicismo, simplemente no hubieran estado? Mis dientes,

monumentos a mi persona, a mi canto de subastador excelso, ya no estaban.

Miré a mi alrededor, tomando conciencia del cuarto en donde había estado durmiendo, y descubrí un infierno mayor al que se había instalado en la cavidad de mi boca. Frente a mí había un payaso de dimensiones sobrehumanas proyectado sobre una pantalla, contemplándome con cierta expresión mansa. Me dominó el miedo, y es verdad que lo más lógico habría sido levantarme y salir corriendo hacia la puerta entreabierta del pequeño cuarto, pero el pudor me contuvo. Una erección obstinada e inexplicable —dadas las circunstancias— me impedía ponerme de pie. Enderecé la cabeza y miré a mi alrededor. Desde las pantallas colocadas en las cuatro paredes de la habitación, cuatro payasos catatónicos me miraban.

Estuve seguro de que había ingresado al infierno. Tal vez mi incauta participación en la subasta de Santa Apolonia me había garantizado una entrada abrupta, inmediata, al inframundo. La otra opción, la de que tal vez había sido secuestrado, era mucho más ominosa, dado que éste es un país en donde una vida humana vale menos que un boleto de la Ciudad de México a Acapulco, viajando en Estrella de Oro —seiscientos pesos.

Frente a mí tenía una proyección ampliada de un payaso con el rostro pintado de blanco, la mueca de una sonrisa remarcada en negro. Coronándole la calva, llevaba un bombín chaplinesco, demasiado pequeño. Entorné la cabeza hacia mi derecha. Una imagen de las mismas proporciones exageradas mostraba un payaso ataviado en un mono de malla colorado, la cara pintada casi enteramente de rojo sangre, y unos matorrales de pelo amarillo brotándole de los costados de una choya inmensa. El payaso a mi izquierda iba vestido con un mono de malla blanco y una bufanda de plumas amarillo pato; tenía la cara pintada de rosa y sobre sus cejas naturales tenía delineado un espectro de cejas de diferentes colores, que ascendían por su frente como escaleras hacia una cabeza predominantemente pelona. Los tres, sobra decir, llevaban puesta la tradicional y espantosa nariz de bola. No quise estudiar detenidamente al

payaso que tenía a mis espaldas, pero alcancé a notar un zapato negro de suela amplia y un rostro pintado de negro y rojo. Me pareció, visto rápido y de soslayo, el más siniestro de los cuatro, y volví la vista hacia el que tenía enfrente —el de la cara blanca y el bombín demasiado pequeño. Entonces, para mi gran desconcierto, el payaso frente a mí pestañeó. Dos veces.

Esperé unos instantes para ver si se repetía el gesto o si yo estaba desorientando al punto de la alucinación. No sólo volvió a pestañear, sino que de pronto, sin que el payaso moviera la boca, escuché una voz procedente de alguna esquina del techo: Qué bonito es casi todo, ¿no crees Fancioulle? No contesté, pues me pareció evidente que no se podía estar dirigiendo a mí. ¡Carretera, eres un imbécil!, pensé. En voz alta repetí, aunque débilmente: Imbécil.

Mi voz me pareció la de un extraño. Sin el marco sólido de mis dientes, las palabras que salían de mi boca eran un soplido débil, balbetante, la voz de un viejo derrotado. Entonces, desde el techo brotó nuevamente esa voz sosegada y lenta, como abrumada por una flojera metafísica, de la que sólo padecen los adolescentes. Me remedó:

Im-bé-cil.

¿Quién es usted?, pregunté, alarmado.

Ya no te haigas, Fancioulle.

¿Cómo dijo?

Que ya no te hagas el imbécil, Fancioulle.

Usted me está confundiendo. Soy Gustavo Sánchez Sánchez, Carretera, a sus órdenes.

No te haigas, cabrón, y ya dime dónde escondiste mi crema desmaquillante.

No sé de qué me está hablando, contesté.

Noté entonces que la voz provenía de una bocina en el techo, y que había otras tres bocinas, cada una en una esquina del cuarto.

Mi crema, pinche Fancioulle. Se me está craquelando la cara y ya me quiero despintar.

No uso crema. No uso ni mujer, ni payaso, ni me pinto.

¿Conque no eres payaso? Pinche Fancioulle desentendido y mentiroso.

Me llamo Gustavo Sánchez Sánchez, y me dicen Carretera de cariño.

Dale con eso.

Y soy el mejor subastador del mundo.

¿Ah sí? ¿Y qué nos viniste a subastar?

No sabiendo qué responderle, guardé silencio. El payaso siguió hablando. Me preguntó si conocía la «Paradoja del mentiroso» y sin esperar mi respuesta, comenzó a explicármela en detalle. Se dirigía a mí como si estuviera hablando con un niño pequeño o un extranjero, pronunciando cada palabra lenta y correctamente:

Hay dos hermanos que custodian dos puertas distintas. Uno de ellos siempre miente y el otro siempre dice la verdad. Una de las puertas lleva al paraíso y la otra a la muerte. Si sólo puedes hacerle una pregunta a uno de los dos hermanos, cuya respuesta sólo puede ser «sí» o «no», ¿qué preguntarías?

¿Yo? No pues mejor nada.

Imbécil.

¿Yo por qué?

La pregunta hay que hacérsela a cualquiera de los dos hermanos y es: «¿Tu hermano me diría que esta puerta lleva al paraíso?».

¿Así nomás? ¿Pues no es ni tan paradójico, no?

No entiendes nada, Fancioulle. Ése es el acertijo de la «Paradoja del mentiroso».

¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

El payaso pestañeó y dejó escapar un largo y desvergonzado bostezo. Me dijo: Eres la persona más aburrida y más sosa que conozco, Fancioulle. Eres incapaz de reírte de un chiste que no sea tuyo. Y eres incapaz de apreciar el humor. Eso delata las limitaciones de tu inteligencia.

Enseguida, cerró los ojos y, según me pareció por el sonido de su respiración, se había quedado profundamente dormido.

Sentí el impulso de salir corriendo, y la erección que me había subyugado en un principio ya no me lo impedía, pues había desaparecido por completo. Pero me pareció que no tenía sentido correr —¿adónde?, ¿y para qué?

*

En las largas comidas familiares a las que fui sometido durante mi infancia, mi primo Juan Pablo Sánchez Sartre, que usaba chancas de plástico y tenía muy mala copa, siempre acababa diciéndonos —más o menos cuando llegaba la hora del postre— que el infierno éramos nosotros. Nos daba de gritos, nos maldecía, a veces nos arrojaba objetos o cuajiringos de comida desperdigada sobre el mantel —sobre todo bolitas de arroz— y luego salía por la puerta dando un estruendoso portazo. No lo volvíamos a ver hasta la siguiente comida, donde se repetía el mismo numerito, con ligeras variaciones. Así, cada par de meses, hasta que un día Juan Pablo se suicidó de un paro cardíaco mientras hacía *spinning* bajo los efectos de una anfetamina poderosa. Fin de recuerdo familiar.

Puede ser que tuviera algo de razón en su teoría del infierno, pobre Juan Pablo. Yo desde entonces siempre he pensado que el infierno son las personas temibles en quienes te puedes convertir un día. Ésas son las que más miedo dan. Para Juan Pablo, eran sus familiares más despreciables —los tíos corruptos, las tías que huelen a pomada, los primos presuntuosos. Otros le tienen miedo a sus enemigos; otros, a los locos que ven hablando consigo mismos por las calles; a las locas que se expurgan la piel en público; algunos no pueden tolerar la presencia de los miserables, los amputados, los vagabundos. Para mí no hay ningún ser humano más ominoso que uno vestido de payaso, porque siempre he temido convertirme en uno. Y heme ahí desdentado y postrado en el piso frente a proyecciones videograbadas de enormes bufones semidormidos, tal vez deprimidos hasta la catatonia, siendo confundido por uno de ellos.

La misma voz parsimoniosa volvió a brotar del techo, pero esta vez desde una bocina distinta.

¿No te has ido, Fancioulle?

¿Adónde me voy a ir?

Quedaste de pasar por el vocho de mi mamá al corralón, no mames. Se lo llevaron al corralón por tu culpa, Fancioulle.

No quedé de hacer nada. ¿Quién eres, dónde estás?

Aquí, a tu derecha.

Empecé a entender las reglas del juego. Comprendí que ahora me hablaba el payaso del mono de malla colorado a mi derecha, aunque la voz fuera la misma. El segundo payaso me culpaba de haber estacionado un vocho en un lugar que era evidentemente para minusválidos y que además de desconsiderado con los minusválidos aquél había sido un acto de extrema violencia pasivo-agresiva de mi parte para con él y su progenitora. La desconsideración general y la violencia pasivo-agresiva era, según me siguió explicando, una característica típica de las personas deprimidas. Por tanto, era evidente que yo era una persona muy deprimida, de modo que me recomendaba, con todo respeto, considerar ir a un psicólogo o un psiquiatra —él me podía dar el teléfono del suyo—, y además me sugería dormir al menos ocho horas al día, dejar de beber alcohol y en definitiva hacer mucho ejercicio, dado que el ejercicio libera grandes cantidades de serotonina en el cerebelo y en el hipotálamo. Lo interrumpí:

¿Por qué no vas tú por el vocho? ¿Qué haces ahí acostado?

¿Yo? Yo estoy acá nomás, teniendo unos pensamientos.

¿Cómo que teniendo unos pensamientos? Los pensamientos no se tienen.

Tú no los tendrás. Yo sí. Muchos, muchos, muchísimos. Enjambres y munchedumbres de pensamientos.

¿Ah sí? ¿Como qué pensamientos?

Pues ahorita, por ejemplo, estoy pensando que los hipópótamos son animales realmente despreciables, además de peligrosos, y que deberían ser exterminados.

Muy profundo pensamiento, dije con sarcasmo forzado.
¿Y qué más?

También tengo el pensamiento de que la política italiana es ridícula, que los perros callejeros pueden volverse violentos a pesar de ser casi siempre entes simpáticos y ferozmente libres, que las parejas abusivas abundan, que la gente es complaciente por miedo, que muchos maestros de primaria son crueles, que *El principito* es un libro para cuarentonas cursis, y que no tiene sentido que haya tantos Santos en el calendario gregoriano.

Ah, dije; o tal vez no lo dije. Tal vez sólo suspiré. O quizá sólo respiré.

También pienso, por ejemplo, que el hecho de que te hayas olvidado de mover el coche tiene que ver con la «Paradoja de San Agustín».

¿Otra paradoja?

Cállate y pon atención:

Cuando me acuerdo de la memoria, la misma memoria es la que se me presenta y a sí por sí misma; mas cuando recuerdo el olvido, preséntanseme la memoria y el olvido: la memoria con que me acuerdo y el olvido de que me acuerdo. Pero ¿qué es el olvido sino privación de memoria? Pues ¿cómo está presente en la memoria para acordarme de él, siendo así que estando presente no puedo recordarle? Mas si, es cierto que lo que recordamos lo retenemos en la memoria, y que, si no recordásemos el olvido, de ningún modo podríamos, al oír su nombre, saber lo que por él se significa, síguese que la memoria retiene el olvido. Luego está presente para que no olvidemos la cosa que olvidamos cuando se presenta.

No entiendo nada, dije.

¿No te parece sospechoso?

¿Sospechoso de qué?

De que eres un desdentado despreciable al que se le olvidan las cosas y la gente, y que no mereces estar en el mundo.

Tal vez, dije, sintiendo el nicho de la culpa ensanchándose en el centro del pecho.

¿Ahora sí ya vas a ir por mi coche, insignificante, pequeño, patiflaco, mentiroso, mediocre y desmemoriado Fancioulle?

Sí, tal vez.

El payaso guardó silencio —un silencio que se prolongó lo suficiente como para hacerme entender que nuestra conversación había terminado. Quizás el payaso tenía algo de razón. Tal vez yo debía de buscar el desmaquillante del primer payaso y recuperar el coche de la madre del segundo. Además, no tenía nada más que hacer. Pero antes tenía que preguntar en qué corralón estaba el coche de uno y dónde podría estar la crema desmaquillante del otro. Esperé pacientemente a que volviera a brotar la voz.

*

La primera vez que fui consciente del horror sobrenatural que producían en mí los payasos tenía 15 ó 16 años. Estaba en la estación del metro Balderas con mi único amigo de la adolescencia, Chema «Palillo» Novelo. Eran las once y tantas de la noche, y veníamos de jugar ficha en una cantina del centro de la Ciudad de México. No había nadie más en la estación; sólo Palillo y yo, esperando el último tren. En un momento dado, escuchamos una especie de pujido profundo, y enseguida un resoplo. Otra vez, pujido, resoplo, pujido. Miramos a nuestro alrededor —nada, ni un alma en la estación. En eso, Palillo se alejó unos pasos y se asomó a las escaleras que conectaban las plataformas con el entrepiso. Se quedó atónito un instante, helado, y me hizo una señal con la mano para que me acercara, y enseguida una señal con el dedo para que lo hiciera en silencio. Me acerqué con cautela. Acucillado en el último escalón, con los pantalones a media asta, un payaso defecaba a sus anchas. Traté de ahogar la risa que sentí ascender por mis pulmones como una regurgitación nerviosa, pero no pude contenerla a tiempo. Emití una especie de jadeo, una risa pasada por

la sordina de la autocontención. El payaso subió la cabeza y nos sostuvo la mirada —me pareció como un animal indefenso que mira de frente a un posible predador y enseguida se da cuenta de que quien lo acecha es, en realidad, su presa. Se entresubió los pantalones y se abalanzó hacia nosotros. Corrimos; yo creo que corrimos más de lo que habíamos corrido nunca.

Aturdidos, desandamos el laberinto de pasillos de Balderas, como hamsters drogados, buscando una salida abierta. Doblando la esquina de un pasillo, el payaso me alcanzó y me tacleó. Caí al suelo. Se echó sobre mí, como un hombre podría echarse sobre una mujer que se le resiste. Creo que en ese momento Palillo se orinó un poco en los pantalones, pero no estoy seguro. Sujetándome por las pantorrillas, el payaso dejó caer la cabeza y la enterró en mi vientre, la nariz de bola incrustándose en el ombligo. Sepultó el rostro maquillado a granel en mi camiseta blanca y, para mi desconcierto, se echó a llorar —nunca supe si de vergüenza, o de tristeza natural.

Unos instantes más tarde, habiendo recuperado el aliento, pude deslizarme por debajo de su cuerpo rendido. Palillo y yo nos fuimos caminando por los pasadizos vacíos de Balderas, ahora lentamente y en silencio, hasta que encontramos una salida abierta.

Durante muchos años estuvimos haciendo todo tipo de chistes sobre ese día, y le contamos a nuestros conocidos versiones cada vez más exageradas de la historia. Pero debajo de las risas y bufonías que acompañaban nuestra anécdota, yo sentía como una piedra caliente en el estómago cada vez que surgía el tema. Supongo que el rescoldo de la humillación que descubrí en la mirada de ese payaso no me abandonó nunca.

*

Al cabo de unas horas, la misma voz joven, aletargada y nasal, brotó desde una esquina, otra vez distinta, del techo.

¡El gran Fancioulle!, dijo, lleno de socarronería cruel.

Asumí que ahora se dirigía a mí el payaso a mi mano izquierda, el de las múltiples cejas ascendentes.

Ya sé qué estás pensando, gran gran Fancioulle.

¿Qué estoy pensando?

Estás pensando que eres mejor que todos nosotros.

No, no es cierto.

¿Has escuchado la «Paradoja del hombre pelirrojo», del filósofo Daniil Kharms?

No.

Pues tú eres como ese hombre pelirrojo, Fancioulle, así que escucha atentamente. Escribió Daniil Kharms:

Había una vez un hombre pelirrojo que no tenía ni ojos ni orejas. Tampoco tenía pelo, así que era pelirrojo sólo en un nivel teórico. No podía hablar, dado que tampoco tenía boca. Tampoco tenía nariz. Ni siquiera tenía brazos ni piernas. No tenía estómago, no tenía espalda, no tenía espina dorsal y no tenía intestino alguno. ¡El hombre no tenía nada! Por lo tanto, no hay forma de saber de quién estamos hablando. De hecho es mejor que no digamos nada más sobre él en lo absoluto.

Y ya.

¿Y ya?

Y ya.

Eso no es una paradoja.

Sí es; es una paradoja maestra, una shulada de paradoja. Además parece como inspirada en tu persona, Fancioulle. ¿O qué opinas?

Está cotorra.

¿Ah sí? ¿Nomás cotorra?

Muy cotorra y también ocurrente. Pero no entiendo cuál es la paradoja.

¿Y entonces qué sugieres, gran Fancioulle?

No sugiero nada.

Eso me temía. ¿No te das cuenta de que no tienes nada que ofrecer?

Me doy cuenta.

¿Y de que el cisma entre la percepción que tienes de ti mismo y la percepción que tienen otros de ti es infinito e irreconciliable?

Tal vez.

Si cruzas los límites de la excentricidad, Fancioulle, lo que hay del otro lado es la bufonería: eres un payaso.

Ya basta, por favor.

Eso digo, Fancioulle, ya basta. ¿Y si me haces un favor?

¿Cuál?

Necesito una monografía de la «Revolución Rusa». ¿Me la traes de la papelería?

Sí, cómo no, respondí, sumergido de pronto en una mansedumbre pantanosa.

Y necesito otra de «El algodón y sus derivados», otra de «Ártico y Antártico», una de «La ballena y sus derivados», y otra de «Banderas de Asia».

Sí, yo te las consigo.

Gracias, repitió la voz, satisfecha.

¿Oye, de casualidad no sabrás qué modelo es el vocho de él?, inquirí, señalando al payaso del mono de malla rojo, que me miraba en completo silencio, pestañeando de tanto en tanto.

Vocho blanco modelo 70, sin duda alguna.

¿Y en qué corralón estará, tú?

Yo creo que ha de estar en el de la calle Ferrocarril. ¿Pero por qué vas a ir por su coche?

Porque se lo llevaron por mi culpa.

Esperé la respuesta del payaso. No llegó de inmediato.

*

Cuando la voz ventrílocua volvió a aparecer, comprendí enseguida que ahora se dirigía a mí el cuarto payaso, el de rostro siniestro pintado de rojo y negro. La voz venía de la cuarta bocina en el techo. Yo ya estaba preparado para el embate, para la humillación, para su intento desaforado por quebrarme. Lo

que no sabía ese hijo de la marrana gorda es que el inigualable Carretera es inconfundible e inquebrantable. Decidí adelantármele, poniendo cara y voz de circunstancia.

Soy Fanciouille, a tu servicio. ¿Qué se te ofrece, Ratzinger?

Silencio.

¿Que qué quieres, hijo?

Nada, me respondió, tras unos instantes de silencio.

No, de veras, ¿qué se te ofrece?

Nada, de veras nada.

Ándale, dime. Algo, lo que sea, seguí insistiendo.

De verdad no se me ofrece nada, señor.

¿Un vaso de agua por lo menos?

No.

¡No vas a rechazar un vaso de agua!

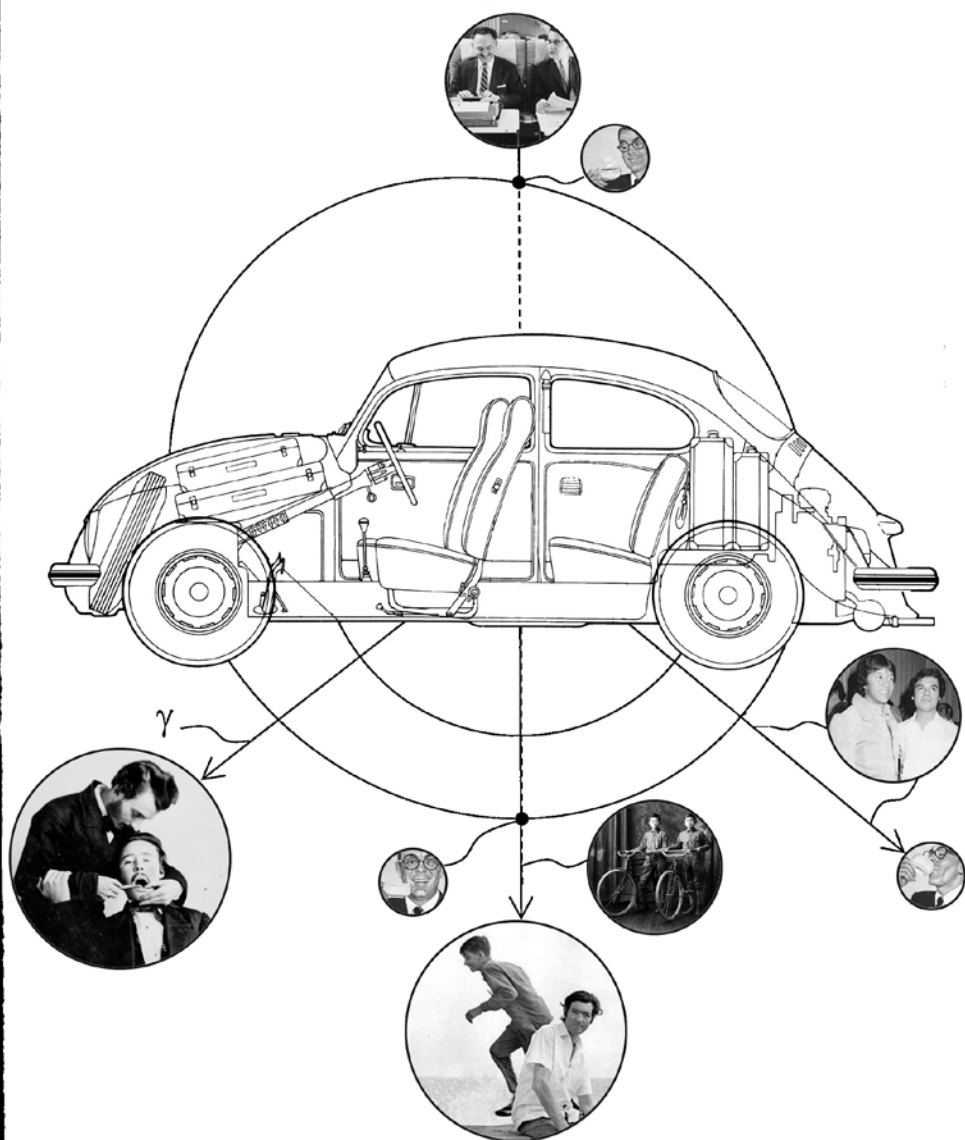
Bueno, está bien. Un vaso de agua.


Te lo traigo, le dije, levantándome por fin del suelo, estirando brazos y piernas. Me tomó unos instantes recuperar el equilibrio, pero en cuanto me sentí otra vez firme en mis zapatos, crucé el cuarto en un estado de franca y repentina euforia. Me sentía ligero, liberado de algo. Supongo que mi tío Fredo Sánchez Dostoievski tenía razón cuando decía que el insulto, después de todo, era una purificación del alma. Hice una reverencia amable ante los payasos catatónicos y salí por la puerta, ¡la-la-trá, la-la-trá!



Libro 12

Elípticas



 國家道德是它的牙齒一樣，越腐爛，
他們愈痛觸摸它們。

[La moral de las naciones es como los dientes que,
entre más decaídos están, más duele tocarlos.]

Tengo que reportar que una mañana, no sé la hora exacta, yo también salí a la calle después de haber pasado un día y una noche encerrado en mi cuarto de fantasmas. Había perdido mi dentadura, había dormido en el suelo helado, me había dejado humillar y torturar emocionalmente por mi propio hijo, pero a pesar de todo me hallaba en un estado románticoaventurero, extravagante y tropical; yo creo que porque Carretera siempre ha tenido buen carácter.

En la luz metálica que reflejaban las nubes reconocí el despunte del amanecer y descubrí con alivio que estaba en terreno conocido, en uno de los estacionamientos de la vieja fábrica de jugos de Ecatepec, a pocos metros de la Vía Morelos. Había llovido y el aire húmedo olía a tráiler, tortilla, y llanta quemada. De aquí soy, pensé, y me acordé de esa canción maestra de Napoleón: «Justamente por ser como eres/ Por eso te quiero/ Nunca cambies/ Te lo ruego / Nunca cambies/ Por hacerlo...». Me dieron ganas de cantar a voz en cuello, y eso hice.

Crucé la fábrica cantando bajo las nubes alambradas del alba hasta que llegué a un estacionamiento de bicicletas. Entre las personas que iban llegando a la fábrica, deteniéndose en el pabellón para dejar ahí sus vehículos, distinguí a mi querido y sabio amigo Quintiliano Rangel, fabricante de galletas chinas. Estaba tratando de atar una bicicleta a un tubo del pabellón. Iba enfundado en una toga color marfil, el pelo bien peinado y el bigote recortado a la brocha, igual de elegante y distinguido que siempre. Me saludó efusivamente y me preguntó cómo estaba, pero cuando abrí la boca para contestarle, notó que me faltaba la dentadura y no supo disimular el espanto.

Quid accidit, Carretera?

Ya ves, Quintiliano, le dije. Perdí los dientes.

Nihil est periculosius in hominibus mutata subito fortuna, me respondió con su serenidad acostumbrada.

Creo que me los robó el hijo de perra de mi hijo, le dije. Pero no estoy seguro. Quiero ir a buscarlos.

Cum cœperint cum faciunt animos nostros facultas amittatur.

Por eso, querido Quique. ¿Y si me prestas tu bicicleta para ir a buscarlos?

Me dijo que la bicicleta era de Plinio, su hermano, y me preguntó si de casualidad no lo había visto. Le respondí que no, que no lo había visto en muchos años. Plinio, según me contó, había ingerido una dosis casi letal de pajaritos y derrumbes hacía una semana y se había perdido por las calles de Ecatepec. Quintiliano llevaba varios días buscándolo para devolverle su bicicleta.

Práctico siempre he sido. Le propuse una solución equilibrada.

¿Por qué no en vez de amarrarla me la prestas y yo busco a Plinio en lo que estoy buscando mis dientes?

Quintiliano, a su vez, siempre ha sido razonable y generoso.

Et spes inanes, et velut somnia quaedam, vigilantium, querido Carretera, dijo mientras me ofrecía el manubrio de la bicicleta.

Después sacó una bolsa de galletas chinas de un portafolios de cuero que traía terciado, y las depositó en la canasta de la bicicleta con un ademán solemne:

Antiquam sapientiam *galletas chinas* vestram in comitetur vobiscum quaerere.

Le agradecí sinceramente y me monté en la bicicleta. Cruce Morelos y tomé Sonora hacia el oriente, decidido a cumplir mis encargos, tal vez a encontrar al hermano perdido de Quintiliano, y sobre todo a recuperar mi dentadura. Un cielo inmenso se abrió delante de mí y el sol ya empezaba a asomarse entre las varillas pelonas de las casas.

A esas horas del día, el único local abierto en el barrio es la lonchería de doña Tedi López, «Las Explicaciones», en la esquina de Sonora y Las Torres. Es famoso porque el café cuesta un peso, la orden de pan cinco, y tienen varios ejemplares del periódico del día. Me detuve a desayunar. Pedí un periódico y un Nescafé, para remojar las galletas chinas que me había regalado Quintiliano. Les sacaba el papelito de la suerte y las chopeaba y anegaba hasta lograr la blandengura exacta que me permitiera tragármelas sin temor a demacrarme las encías pelonas. Los papelitos me los fui guardando para luego en el bolsillo del pantalón.

Sin contarme a mí, el único cliente en la lonchería era un muchacho circunspecto, estilizado, la cara salpicada de pecas color tabaco, sumido en una concentración casi oriental. Portaba un traje inglés color amarillo chillante, que le quedaba demasiado grande, y un sombrero panamá. En silencio, sentado en la mesa junto a un ventanal por donde empezaba a entrar la luz de la mañana, tomaba notas a lápiz en un cuadernito.

Desde mi mesa, le pregunté que qué tanto escribía. Me dijo, sin voltear a verme, que estaba planeando un paseo de relingos.

¿Un paseo de qué?, balbeté, con mi nueva voz de viejo pendejo desdentado.

Un paseo de hoyos, señor, de terrenos baldíos, espacios sin dueño ni uso fijo, clarificó, con esas tres precisiones.

Abrí la boca como pollo recién salido del huevo y, señalándome el socavón sin dientes, le dije: ¿Vacíos como éste?

El muchacho alzó la vista, finalmente interesándose en mí. Aproveché su atención y seguí, cuidando de no perderla:

¿Cómo te llamas?

Roberto Bálser. Me dicen Beto.

¿Qué eres? ¿Cantautor? ¿Artista?

No, me dijo con aire de melodrama. Soy escritor y guía de turistas: vivo de lo segundo, muero de lo primero.

¡Ah! Entonces has de conocer al escritor Samuel Pickwick.
No, señor. ¿Quién es ése?

Un escritor que se rehízo la dentadura entera después de escribir un libro.

Fabuloso, fascinante, insólito —titubeó, inseguro de sus adjetivos.

Por cierto, le dije, soy Gustavo Sánchez Sánchez, Carretera, a tus órdenes. ¿Te molesta si me voy a sentar allá en el solecito contigo? No te quiero interrumpir si estás concentrado.

Sí, sí, siéntese, mucho gusto; de todas formas no he tenido ninguna idea en toda la mañana.

Pedí otros tres Nescafé —dos para mí, uno para él— y me senté frente al muchacho. Coronando sus manos huesudas, noté las uñas breves de los nerviosos.

¿Entonces eres nuevo en el barrio?

Así es, señor.

¿Y cómo piensas ser guía de turistas aquí si no conoces?

No, aquí ni vienen turistas. Vivo aquí pero doy paseos turísticos en el centro de la Ciudad de México.

¿Vives solo?

Con un amigo, Winifredo Gómez Sebal —que quiere ser fotógrafo pero que ahora se tuvo que meter de policleto. Y también con otros tres compañeros que se dedican al negocio de los libros —tres hermanos que no sé cómo se llaman pero que entre ellos se dicen indistintamente Cariño, Cerda y Compresión.

¿Y por qué crees que no has podido escribir desde que llegaste aquí?

No sé. Creo que es porque le tengo terror a la irrelevancia.

¿La irrelevancia?

Hay demasiadas cosas, siguió con tono achacoso, hay demasiados libros, demasiadas opiniones. Cualquier cosa que yo haga no hará más que sumarse a la gran pila de basura que cada persona va dejando.

No pues sí. Yo por eso soy subastador.

¿Usted? ¿Usted es subastador de arte?

De lo que se ofrezca.

¿Y eso no le parece igual de banal que escribir libros o pintar cuadros?

De ninguna manera. Yo soy como los pepenadores de tu basura. Pero con pedigrí. Expurgo; encuentro. Aromatizo, limpio y desinfecto. Yo reciclo, pues.

El joven Beto Bálsar se quedó mirando su taza de Nescafé, hasta ese momento intacto. Tomó la azucarera, vertió una cantidad cochina de azúcar adentro de la taza, y con una cucharita de plástico meneó el líquido desganadamente.

A ver, léeme lo que estabas escribiendo ahorita, dije, tratando de reanimar la conversación.

Pero si no es nada, es sólo una descripción de una esquina.

Me quedé callado, esperando a que empezara. El muchacho dudó un instante, pero enseguida abrió su cuaderno, se aclaró la garganta, y leyó:

Hay una ferretería enfrente de mi nuevo cuarto. La puedo ver desde la ventana del baño en la azotea, que es el único rincón donde puedo fumar en silencio. Todas las tardes, mientras los señores que atienden la ferretería están empezando a cerrar, el dueño, un anciano senil, saca una silla plegable a la banqueta y se pone a afilar puntas de clavos que tiene guardados en una cajita de herramientas junto a una pata de la silla. Los afila contra el asfalto, uno por uno, con cuidado, y luego los arroja a la calle. El ritual no dura más de diez minutos. Apago el cigarro en el lavabo y él pliega la silla.

Hasta ahí me quedé, dijo, alzando una mirada afanosa de aprobación.

Está tierno, le dije.

Gracias.

Y tienes letra chiquita.

Gracias.

Pero está todo mal.

Es sobre la ferretería de don Alfonso Reyes, ¿verdad? La Higuera. La que está en la esquina de Durango y Morelos, junto a la Lavandería Washa-Washa.

Uy pajarito, si te contara. Pero el punto es que tu resumen está mal porque don Alfonso ni está chocho ni afila sus clavos. Los achata. Achata los que están tantito chuecos y los tira a la calle, ya chatos, para que no ponchen llantas ni se chinguen a los coches.

Porque chompan las bolsas.

¿Chompan?

Se las chentan.

Ya veo.

Mira Beto, Roberto, joven Roberto Beto. Creo que te puedo ayudar si tú me ayudas. Ya sabes, hoy por mí mañana por ti.

Dudo que yo le pueda ayudar, señor, soy un pobrediable. Pero dígame.

Yo necesito recuperar mis dignidades, o de perdida mis dientes, porque sin éstos no puedo reciclar nada, déjate tú comer y hablar como un ser humano. Y tú ocupas dinero, tiempo, libertad, paz, experiencia laboral, calle, mujeres, estimulantes, y todo lo que seguramente requieren tus obras maestras.

Así es, señor.

Pero no puedes. No tienes nada de eso porque viajas dos horas todos los días hasta el mugroso centro de la ciudad, donde trabajas para un hijo de perra que te explota, y vuelves a tu departamento, donde viven otros jóvenes como tú, vestidos igual de raro, y resulta que la casa es un chiquero, así que te pones a fregar platos en la cocina, a barrer bolas de pelo en el piso, a doblar camisetas, colgar calcetines sin par, te haces un sándwich de puro queso porque el jamón ya se puso baboso y un poco verde, y al final de la jornada estás tan cansado y deprimido que no tienes alma para sentarte a hacer lo único que te gusta, que es escribir.

Estoy sin palabras, señor Carretera. ¿Cómo sabía lo de las bolas de pelo?

Me traté de tentar el colmillo —pero mi dedo dio con una encía blanda y tibia, así que opté por chuparme un instante el pulgar y negué con la cabeza. Finalmente respondí:

No me chupo el dedo.

Ya veo. Pero todavía no entiendo qué está sugiriendo, señor.

Que te deschongues, que te liberes.

¿Y cómo sugiere que le haga?, preguntó, con un tono casi berrinchudo, acomodándose el sombrero.

Ahí es donde entro yo. Yo te puedo dar muchas cosas, como asilo gratis, por ejemplo. Tengo una mansión en la calle Disneylandia, con la mejor colección de objetos que jamás se haya visto. Y no te creas que soy un degenerado como Michael Jackson ni nada de eso. A mí sólo me gustan las señoras de mi edad. Lo mío es serio. Soy un profesional.

¿Asilo gratis? ¿Y qué más?

Te puedo dar calle. Conozco el barrio mejor que nadie y te lo puedo mostrar. Te cuento la historia de cada rincón, te presento a mis influencias. Como quien dice, te apadrino. En un tiempo, ya que sepas dónde estás viviendo, abres tu propio negocio de turismo acá. Y ya.

¿Y de dónde saco a los turistas?

Llegan solos. Lo importante es contar historias del barrio. En cuanto haya historias, va a haber gente que venga a oírlas.

No estoy tan seguro de eso.

¿Qué no te dedicas a contar historias?

Sí.

Pues échale un poquito de fe, ¿no?

Supongamos que usted tiene razón. Que digo que sí a todo. ¿Pero luego qué me va a pedir a cambio?

Casi nada. Que escribas para mí.

¿Escriba qué?

Lo que te vaya encargando. Primero necesito que escribas mi historia, la historia de mis dientes. Yo te la cuento, tú la escribes, luego la publicas en un periódico para que el mundo sepa de mí. Y ya.

¿Y ya?

Bueno, luego, si nos entendemos bien, te puedo ofrecer otros trabajos.

¿Por ejemplo?

Por ejemplo, necesito que alguien escriba un catálogo de mi colección de Coleccionables. Porque además de subastador soy coleccionista. Tengo la mejor colección de Coleccionables. Y como ya no me queda mucho tiempo en este mundo, quiero hacer una gran subasta, para la cual necesito mi catálogo. Pero no nos adelantemos. Por ahora nomás escribes mi autobiografía dental. Nada largo ni complicado, ni que fuera yo un periquillo sarniento.

El melancólico Beto Bálser por fin sonrió, pero no dijo nada.

¿De qué te ríes?

De nada. De que sería su biografía y no su autobiografía.

¡Ah! Además se nota que vas a ser un buen escritor.

¿Por qué dice eso?

Porque cuando sonríes, no enseñas los dientes. Los escritores de verdad nunca muestran los dientes. Los charlatanes, en cambio, sonríen desplegando esa medialuna siniestra de la dentadura. Haz la prueba. Busca fotos de todos los escritores a quienes les tengas respeto y vas a ver que sus dientes permanecen un misterio para siempre oculto. Creo que la única excepción es el argentino Jorge Francisco Isidoro Luis. Estoy seguro de que ya hay monografías de él.

¿Borges?

Ése mero. Ciego y argentino. Pero no cuenta, porque era ciego, y no podía verse sonriendo.

Borges es mi ídolo. ¿Lo ha leído?, preguntó el joven Beto Bálser con entusiasmo de niño.

No tanto como lo voy a leer en el futuro, le dije.

Yo creo que usted y yo nos vamos a entender, señor Carretera.

*

Pasamos el resto de la mañana pidiendo Nescafé, intercambiando historias, y afinando los detalles de nuestro arreglo. Hacia el mediodía, el sol de verano ya empezaba a calentar el piso de concreto de la lonchería. Los Nescafé nos tenían tan entusiasmados como a dos protococainómanos y ya se nos habían acabado las galletas chinas.

Vámonos Balserín, dije, poniendo un Benito Juárez sobre la mesa. Yo tengo aquí afuera mi nueva bicicleta. Me la acaban de regalar. Tengo que ir a cumplir unos encargos que me hicieron. Vente conmigo. Sirve que conoces de una vez unos lugares. Ya luego vamos por tus cosas y te llevo a Disneylandia.

Yo también tengo mi bicicleta ahí afuera, dijo.

Chispa. Pues no se diga más. ¿Vamos?

¿Ahora mismo?

En este instante.

Fin de conversación. Y, como decía mi tío Ludwig Sánchez Wittgenstein, el mundo es todo lo que acaece y de lo que ya no se puede hablar hay que callarse.



1

該名男子在山頂不降

El hombre en la cima de la montaña no cae.



2

长江后浪推前浪

Del río las olas de detrás impulsan las de delante.



3

龍仍然在深水變成獵物的D蟹。

El dragón inmóvil en aguas profundas en presa de los cangrejos se convierte.



4

福无重至,祸不单行

La ocasión hace al ladrón, golpe.



5

當兩兄弟一起工作的山區轉向黃金。

Cuando dos hermanos trabajan juntos, en oro las montañas se convierten.



6

不闻不若闻之，闻之不若见之，见之不若知之，知之不若行之；学至于行之而止矣

Si no huele ni olor, ni olor si veo y si no lo sabe, sabe que no es si el viaje; aprender los hombres de larga duración en Aceptar.



7

读万卷书不如行万里路

Viajar es mucho mejor que leer diez mil libros.



8

风向转变时,有人筑墙,有人造风车

Cuando hay cambio de viento, algunas personas construyen muros, otras molinos de viento.



9

舌頭抗拒，因為它是軟的，牙齒產生，因為他們是很難的。

La lengua resiste porque es blanda; los dientes ceden porque son duros.



10

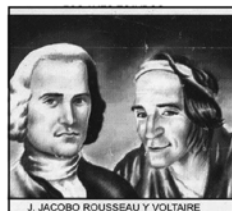
把話說到心窩裡

Ponga sus palabras en la boca del estómago.

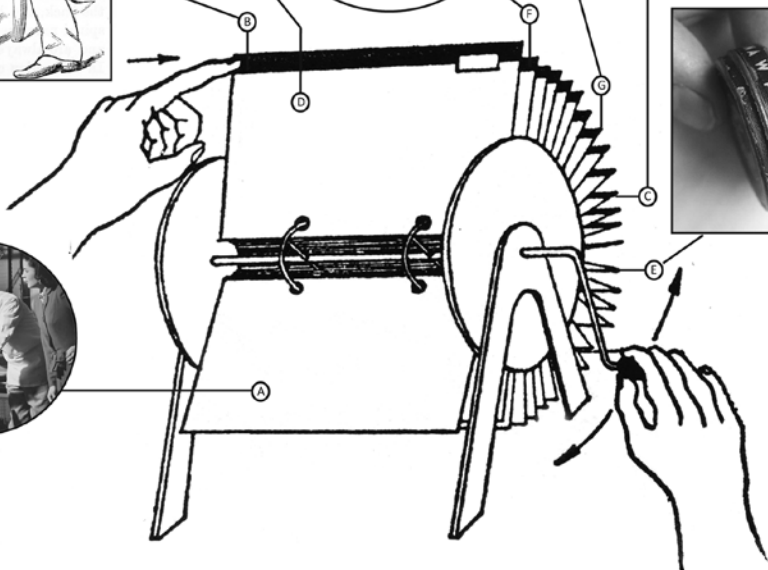


Libro 23

Allegóricas



J. JACOBO ROUSSEAU Y VOLTAIRE



(Notas para un paseo de epígonos)



當牙齒被關閉時，舌頭是在家裡。

[Cuando los dientes se cierran la lengua está en casa.]

Empecé a escribir la autobiografía dental del mayor héroe de nuestro barrio hace casi un año. Carretera fue uno de esos espíritus enormes, eternos. Su presencia era a ratos amenazante, no porque supusiera una amenaza real para nadie, sino porque contra su libertad feroz todos los parámetros con que solemos medir el mundo parecían frágiles, perecederos y triviales. Lo conocí una mañana, en «Las Explicaciones», la mejor lonchería del barrio. Fue, como decía él que decía un amigo suyo, don Lichi, una amistad a primera vista.

Viví con Carretera los siguientes meses, y estuve cerca de él hasta el día de su muerte. En esos meses me dediqué a escribir su autobiografía dental a partir de los relatos orales que Carretera me hacía por las mañanas, antes de salir a caminar o andar juntos en bicicleta por el barrio. Porque a cambio de mi trabajo de transcriptor, además de darme techo y comida, Carretera me paseaba todos los días por las calles de Ecatepec. Estaba convencido de que un día yo podría convertirme en el primer guía de turistas de la zona. Al principio, me parecía una idea descabellada. Si existe alguna materialización de la nada, está en Ecatepec de Morelos. Pero con el tiempo he llegado a creer que, como en casi todo, Carretera tenía razón. Estas últimas notas que escribo tienen el doble propósito de contar los últimos meses de nuestro héroe y de esbozar la ruta del que será el Tour Carretera —el primer tour del gran relingo de Ecatepec. Gracias a la ayuda de mi amigo fotógrafo y policleto, Winifredo G. Sebald, ya tenemos las fotos de algunos de los lugares que Carretera frecuentó a lo largo de su vida, así como los que visitó en sus últimos meses —todos serán espacios que visitaremos durante el futuro tour.

Cuando lo conocí, Carretera estaba enfermo y débil. Si se miraba en algún espejo decía que parecía gallina prieta y se propinaba un generoso cacareo. En efecto, tenía pocos pelos, perennemente erizados hacia el cielo; las patas venosas y muy flacas; la barriga redonda y abultada. Había perdido su amada dentadura postiza, de manera que incluso una actividad tan cotidiana como hablar resultaba, no imposible, pero sí una batalla constante contra la humillación.

Pero Carretera era un hombre de carácter liviano y de alegría contagiosa. Se reinventó tantas veces que solía hablar de su vida en términos de las muchas muertes y muchas vidas que había tenido. Todavía hoy, hay personas que creen verlo pasar de reojo, como bólico, gravitando hacia alguna parte, siempre montado en la bicicleta que se heredó de Quintiliano. Otras dicen que, algunas mañanas, en las primeras horas del día, se le puede ver en la cima de alguno de los cerros que delimitan la cuenca acomalada de esta tierra baldía.

La última vida de Carretera duró once meses y algunos días. Empezó en el Pabellón de Bicicletas Terencio, ubicado en uno de los estacionamientos de la fábrica de jugos [figura 1]. Fue ahí donde Carretera consiguió la bicicleta con la cual comenzó a trazar la última ruta de sus dientes.

El día anterior a esa mañana, Carretera había sido adquirido por su hijo, Ratzinger Sánchez Tostado, en una subasta, por una bicoca. Ratzinger, un joven sin señas particulares, criado por una madre y un padrastro recalcitrantemente católicos, trabajaba como jefe de guardias en la galería de arte que está junto a la fábrica de jugos de Ecatepec, donde Carretera había trabajado en su juventud.

Hay distintas versiones de lo que ocurrió a partir de ese momento. Una cuenta que, después de comprarlo en la subasta, el joven Ratzinger lo retacó de estupefacientes y, cuando el pobre Carretera cayó en un sueño profundo e indefinidamente largo, lo llevó a un depósito dental donde unos doctores

norteamericanos, Alex y Lute Smiths, le removieron su preciada dentadura. Otra versión cuenta que al terminar la subasta, padre e hijo se fueron a una cantina a saldar cuentas, y que en el clímax de la borrachera, mientras Ratzinger trataba de remolcar a su padre de vuelta al coche, Carretera se pegó tantas veces contra el asfalto que simplemente perdió la dentadura. Aunque Carretera nunca me quiso contar la historia verdadera de ese día, tal vez porque no la recordaba con claridad, yo creo que fueron aquellos doctores siniestros quienes le removieron la dentadura —por órdenes del aún más siniestro Ratzinger.

Lo que se sabe con total certidumbre, pues existen registros videograbados, es que hacia el atardecer del mismo día de la subasta, Ratzinger depositó a su padre en una sala de exposiciones en la galería de arte. Concretamente, Ratzinger botó a Carretera en un cuarto en cuyas cuatro paredes se proyectaba una videoinstalación en la cual unos payasos miraban con total displicencia al espectador, acaso pestañeando o suspirando periódicamente; una pieza por lo demás algo espantosa pero muy efectiva, del conocido artista Ugo —sin hache— Rondinone [figura 2].

Después de haberlo abandonado frente a la instalación de los payasos catatónicos de Rondinone, Ratzinger se metió a uno de los cuartos de seguridad donde se guarda el equipo audiovisual de la galería y, a través de uno de los sistemas de altoparlantes, sostuvo una conversación remota con su padre. Conversación es un decir: Ratzinger se dedicó a atormentarlo y torturarlo lo mejor que pudo.

Pero nuestro héroe era un hombre sólido. Cuando el inquebrantable Carretera logró por fin reunir la fuerza suficiente para salir del «cuarto de fantasmas», como se refería él mismo a aquel lugar cuando contaba la anécdota, se montó a una bicicleta y se fue pedaleando hacia el amanecer, por la ya mítica calle Sonora Oriente.

Fue ahí donde se cruzaron nuestros destinos. Como todas las mañanas desde que había llegado a vivir al barrio, yo estaba desayunando en «Las Explicaciones» antes de emprender

camino a la Ciudad de México. Carretera se me aproximó y me envolvió en una conversación confusa pero fascinante tras la cual me convenció de escribir esta autobiografía dental a cambio de asilo.

Después de un desayuno de Nescafé y galletas chinas, Carretera y yo salimos a la calle, listos para cumplir al menos el primero de sus encargos y con destino final en su casa en la calle de Disneylandia. Pasamos antes que nada por la papelería «La Peque» [figura 3], que queda a unas cuadras de «Las Explicaciones». Mientras yo lo esperaba afuera, él compró su encarguito y también los cinco cuadernos rayados, en los cuales empezó a dictarme, la mañana siguiente, su historia. Cuando meses después hablé con la dueña de la papelería, la señora Josefina Vicens, para poder llenar las lagunas de la historia de Carretera, ésta me dijo que en efecto recordaba que cierta mañana un señor sin dientes le había pedido unas monografías. Sacó su libreta de contabilidad de debajo del mostrador, pasó las hojas con cautela lamiéndose de tanto en tanto la punta del dedo anular, y cuando dio con la hoja del día leyó en voz alta:

Cinco monografías, dos lápices HB, cinco cuadernos Scribe de forma italiana con raya ancha, una paleta helada; oiga, ¿no es usted policía?

No, le respondí, soy biógrafo.

La señora Vicens me dijo que, en ese caso, podría interesarme saber que el hombre sin dientes le preguntó por el cenotafio frente a la entrada de su papelería y que al decirle que se trataba de un altar dedicado a su hijo muerto, el hombre se había echado a llorar, la había abrazado efusivamente y había dicho: Yo también tuve un hijo, mana, pero me mató él a mí. Carretera estaba particularmente sentimental en esos primeros días desdentados.

*

Carretera fue dueño de una colección de objetos inimaginablemente rica y diversa que un día iba a ofrecer en una gran

subasta final. Pero la subasta nunca se hizo, por razones que detallaré más adelante. Antes, debo decir que Carretera era un hombre que amaba los objetos de este mundo. Su amor por ellos iba más allá de su valor material real; los valoraba por aquello que de algún modo, en silencio, encerraban. Desde muy chico obedeció su impulso por el coleccionismo meticoloso de todo cuanto le parecía coleccionable, desde las monedas que encontraba tiradas en las banquetas y los botones que se desprendían de las camisas de sus compañeros de escuela, hasta las uñas de su padre y el negro y largo pelo de su madre.

Tarde pero no demasiado, cuando tenía cuarenta y dos años de edad, descubrió su vocación de subastador. Llevaba un par de años viviendo con la Flaca, una señora de mala naturaleza, y su hijo Ratzinger que era todavía un párvulo. Tenía la vida por delante. Pero cuando Carretera hizo un viaje a Estados Unidos con una beca para perfeccionar su entrenamiento como subastador, la Flaca lo abandonó. Durante la ausencia de Carretera, la señora había conocido a un yucateco solvente, muy católico, y se había ido a vivir con él, llevándose a Ratzinger. Ella murió a los pocos años, pero en su testamento dejó dicho que Ratzinger debía ser criado por su padrastro. Supongo que Carretera no tenía las herramientas para saber que esa petición de la Flaca no podía tener ningún valor legal. Mi impresión es que Carretera nunca se recuperó del golpe que todo eso supuso, aunque tenía suficientes recursos emocionales para hacer a un lado el dolor.

A pesar de toda su preparación y talento nato para el arte de la subasta, cuando volvió a México, Carretera tuvo en realidad poca suerte como subastador. Se endeudó para comprar un terrenito en su barrio natal, en la calle Disneylandia, en donde construyó una casa apenas habitable. Esa casa fue durante casi tres décadas la morada de Carretera. Aunque es modesta, desde la azotea tiene vistas espectaculares del valle metafísico; o bien, como decía él, del valle metafinísimo [figuras 4, 5 y 6]. Junto a la casa, Carretera construyó una choza hechiza, hoy desaparecida, encima de la cual colocó un rótulo que

mandó a hacer especialmente, con la leyenda «Casa de Subastas Oklahoma-Van Dyke».

Carretera permaneció en una especie de exilio voluntario en su casa durante las dos décadas siguientes. Salía sólo a comprar latas de comida en la esquina y objetos diversos en el depósito de chatarra de los famosos coleccionistas-chatarreros Jorge Hernández y Jorge Ibargüengoitia [figura 7].

*

Cuando entrevisté hace poco al doctor Juan Gabriel Vásquez, experto en psicología social del centro de salud de Ecatepec, aventuró frente a mí la teoría de que Carretera sufría del síndrome de Diógenes. Las personas que padecen esta extraña enfermedad, me explicó, viven en un abandono absoluto de sí mismas y a menudo se encierran en su propia casa, en la cual suelen acumular grandes cantidades de desperdicio. No creo que fuese el caso. En mi opinión, Carretera era simplemente una de esas personalidades a las cuales todo el mundo quiere ponerles un dique.

Todas las semanas compraba, intercambiaba, o recogía objetos que le llamaban la atención. Algunos domingos organizaba subastas caseras. Pero estos intentos nunca terminaron de formalizarse. Acudían a las sesiones domingueras, acaso, vagabundos, borrachos y vecinos morbosos. Nadie le compraba nada. Esto debió deprimir a Carretera más de lo que él mismo pudo reconocer en su momento.

Pasó el tiempo y un día, un vecino de la calle Disneylandia, conocido como el Perro, contactó al cura de la parroquia del barrio para decirle que a Carretera ya se le habían «quemado las palomitas». Estaba en las últimas. Al parecer ya no salía de su casa ni por comida ni por objetos. A veces salía a tomar el sol, sentado en una silla que colocaba frente a la puerta de su casa. Pasaba largas horas, inmóvil, viendo hacia la distancia o a veces puliendo algún objeto de su colección con un trapito. Según el Perro, Carretera mostraba un aspecto

mortecino, casi cadavérico. «Tenía los ojos como dos focos pelones, de ésos de neón blanco», me dijo tiempo después en una entrevista. Su muerte era cuestión de días.

El Perro resolvió hablar con el cura del barrio, para ver si podía hacer algo por él. El padre Luigi Amara, de la capilla de Santa Apolonia, vio una oportunidad para matar dos pájaros de un tiro: salvar un alma; recaudar fondos. Visitó a Carretera una mañana y le propuso una «subasta mancomunada». Cerraron el trato. Esa misma tarde, el padre Luigi le llamó a Ratzinger, que además de asiduo parroquiano de su iglesia, era su tesorero. El padrastro de Ratzinger había sido uno de los mayores contribuyentes a los fondos monetarios de Santa Apolonia, y antes de morir había donado su fortuna a la iglesia, obligando al padre Luigi a nombrar a Ratzinger su tesorero permanente.

El padre decidió llamar a Ratzinger para decirle que si quería ver vivo a su padre biológico tendría una última oportunidad ese próximo domingo. Para su sorpresa, durante la llamada telefónica Ratzinger se expresó sobre su padre largando toda clase de infamias y vilipendios. Consciente de que aquello podría acabar muy mal, el padre Luigi trató entonces de disuadir a Ratzinger de asistir. Pero era demasiado tarde. Ratzinger no sólo iría a la subasta sino que unos días antes le entregó al padre Luigi un contrato que Carretera debía firmar, en el que nuestro héroe donaba bona fide su colección entera de Coleccionables a la tesorería de la iglesia de Santa Apolonia. Carretera lo firmó el domingo de la subasta, mientras esperaba en la sacristía de la iglesia a que diera la hora para comenzar. No sé si él sabía que con esa firma le estaba entregando a Ratzinger su vida entera. Mi impresión, después de todo este tiempo dándole vueltas, es que sí, que de algún modo lo sabía.

Se hizo la subasta. Como ya se sabe, Ratzinger acudió, posiblemente movido por un intenso y malévolo morbo de ver a su padre moribundo, y tal vez convencido de que ni siquiera lo reconocería. No sólo lo reconoció, sino que una vez subastadas todas las piezas, Carretera lo miró directamente a los ojos, y

preguntó ¿Quién da más? Nadie alzó la voz. Carretera preguntó una vez más, ¿Quién da 100 pesos? Ratzinger alzó la mano.

*

El día en que conocí a Carretera, tras cumplir con el primero de los encargos que le había hecho Ratzinger, y después de recoger mis pocos bártulos en el departamento que compartía con Wini, Cerda, Cariño y Compresión en la calle Durango junto a la lavandería Washa-Washa [figura 8], nos fuimos a su casa en la calle Disneylandia. Luego de un breve almuerzo —pan, jitomate, agua de limón—, entramos juntos a su bodega de tesoros, la Casa Oklahoma-Van Dyke. Para mi desconcierto, estaba completamente vacía. Al principio, no entendí nada. Carretera recorrió la bodega con una leve sonrisa, lentamente y en silencio. Yo lo seguía unos pasos atrás. Luego, señalando rincones vacíos, primero dubitativo y vacilante, y después con creciente entusiasmo, me empezó a describir una serie de objetos —o tal vez deba decir fantasmas de objetos: colecciones de dientes, mapas antiguos, partes de coches, muñecas rusas, periódicos en todos los idiomas imaginables, monedas viejas, uñas, bicicletas, timbres, puertas, ligas, suéteres, piedras, máquinas de coser. Me hizo un tour febril de lo que, como después supe, había sido su gran colección de Coleccionables. Es difícil decir si fueron minutos tristes o iluminados.

*

No me resulta claro por qué, a pesar del viacrucis que por culpa de Ratzinger tuvo que pasar, Carretera decidió cumplir los encargos que se había echado al hombro durante sus horas absurdas en cautiverio. Lo primero que consiguió, como ya he dicho, fueron las monografías en la papelería «La Petite». Luego, tras romperse la cabeza varios días imaginando dónde podría conseguir crema desmaquillante, decidió consultar al cosmetólogo Juan Villalobos —amigo suyo y dueño de

una peluquería en la calle Sinaloa. Éste nos dirigió a un vil supermercado, donde consiguió por fin la crema. Después, durante tres o cuatro días, Carretera y yo estuvimos buscando el penúltimo encargo —el posible vocho blanco modelo 70. No lo hallamos en ningún corralón, pero al cuarto día de recorrer las calles del barrio encontramos un vehículo que correspondía a la descripción que los payasos raztingerianos le habían dado. Tras averiguaciones complejas, descubrimos entre los dos que una enfermera algo temible, de nombre Daniela Tarazona, se había robado el vehículo. Decidimos contentarnos con la foto del automóvil que tomó mi compañero Wini Sebald [figura 9], pues tratar de recuperarlo habría significado un riesgo innecesario para todos.

Una vez que había conseguido la serie de encargos, Carretera pasó semanas buscando sus dientes. Le perdí la pista durante ese tiempo, pues no regresaba ni a dormir. En una ocasión la dos veces diputada Lina Meruane reportó a la policía que un hombre desdentado la esperaba a menudo afuera de su casa, en la calle Aquí Vivo [figura 10], y que era presa de su acoso constante. Efectivamente, a Carretera se le había metido en la cabeza la idea de que aquella señora tenía su dentadura. La esperaba hasta que llegaba de la oficina y cuando se bajaba de su coche para subir las aldabas del garaje, Carretera la abordaba, pidiéndole que abriera la boca y le demostrara que sus dientes eran auténticos y no robados. La diputada Lina Meruane tiene, en efecto, una dentadura cuidada, de forma que sospecho que Carretera más bien estaba tras sus dientes por bonitos y no por robados.

Carretera era un hombre perseverante y, sobre todo, un hombre con suerte. Tras pedalear durante seis semanas por los confines del barrio y preguntar a todo conocido, cercano o lejano, dio con una posible respuesta tras cuestionar al misterioso y sabio derelicto, el otrora astrólogo de *El Economista*, Julián Herbert. El derelicto lo mandó al Depósito Dental Siglo XXI, ubicado junto al famoso taller de tornos «Cepillo y Fresa» donde una anciana idéntica a Keith Richards, llamada Madame

Le Calvez, arregla máquinas por una bicoca [figura 11]. El taller cuenta con fresadora, taladro vertical, cepillo, segueta mecánica, máquinas de soldar, prensas hidráulicas, roladoras de lamina y placa, y Madame Le Calvez te arregla lo que se ofrezca. Junto al taller de tornos, en el Depósito Dental Siglo XXI, tenían su práctica los doctores Alex y Lute, los dentistas de El Paso que, en mi opinión, le habían sacado la dentadura a Carretera, a petición de Ratzinger, hacía unos meses.

Carretera se apersonó una tarde en el consultorio y les preguntó si no sabían dónde podrían estar los dientes de Marilyn Monroe, cuyo dueño legítimo era él. Los doctores Alex y Lute lo reconocieron de inmediato, y como eran personas algo mañosas, aprovecharon el gancho de la ocasión.

¿Cómo que de Marilyn Monroe?, preguntaron, olfateando en el aire el olor de la oportunidad.

Carretera les contó su historia. Los hermanos Alex y Lute lo escuchaban, prestando atención a cada palabra que pronunciaba Carretera, no tanto porque les interesara realmente la historia de sus dientes, que en realidad ya conocían en parte puesto que ellos mismos se los habían quitado, sino porque les resultaba entretenido escuchar los balbuceos del viejo desdentado. Sádicos. Tras el relato de Carretera, Alex se aclaró la garganta y anunció:

No contamos con esa dentadura, señor. La tuvimos, pero se la llevó un joven. Dijo que la iba a subastar. Pero nos dijo que tal vez vendría alguien a buscarla un día; supongo que se refería a usted. Nos dejó otra a cambio, y nos aseguró que le interesarían.

Lute sacó una caja de cristal de un refrigerador en el fondo del consultorio y se arrimó, con la palma de la mano como charola, para mostrársela a Carretera. Carretera acercó la cara para leer la pequeña inscripción. En letras minúsculas, una etiqueta rezaba: Originales Samuel Pickwick. Carretera no logró refrenar su primer impulso y se abalanzó sobre los dientes. Pero el doctor Alex lo atajó y le impidió agarrarlos. Tras un breve forcejeo, Lute dio dos pasos hacia atrás y dijo que si

quería los dientes de Samuel Pickwick serían seiscientos mil pesos, sin contar los gastos de operación y la anestesia general. Carretera les dijo que no tenía nada, nada, nada en este mundo. Imploró, lloró, se arrodilló frente a ellos. Pero con notoria frialdad los doctores le recomendaron que regresara cuando hubiera conseguido el dinero.

Carretera decidió sorprenderlos. Esa misma noche, buscó por todo el barrio el domicilio privado de los doctores. Preguntó en cada puerta, a cada vecino, en todos los locales, por el posible paradero de los doctores ladrones de dientes. Finalmente, dio con su casa, frente al cementerio Benito Juárez [figura 12].

Para el desconcierto de Carretera, la casa contaba con dos puertas. Entre ambas, en un muro recién pintado de blanco, un grafiti indicaba las posibles entradas de la casa de los doctores con dos flechas apuntando en direcciones contrarias y el nombre «Alex». Carretera trató de recordar la «Paradoja del mentiroso», que uno de los payasos catatónicos le había contado en su rato de cautiverio, pero no lo consiguió. Prefirió probar ambas puertas. Yo no estaba presente en ese momento, pero según el testimonio de dos vecinos, los carniceros colombianos Antonio Ungar y Juan Álvarez, un hombre con las mismas características físicas de Carretera estuvo tocando insistentemente a ambas puertas durante aproximadamente siete horas, hasta que otra vecina, la generalmente apacible maestra de yoga Laia Jufresa, salió al amanecer, portando una cacerola para ahuyentarlo.

Unos días más tarde, Carretera se inscribió motu proprio en el «Grupo Serenidad Ecatepec, Neuróticos Anónimos», ubicado en la calle Pensadores Mexicanos, a un lado del taller de reparación de armas de fuego «Armería El Búho» [figura 13].

La breve estancia de Carretera en el Grupo Serenidad Ecatepec terminó primero mal y luego bien. Conoció ahí a una aguerrida jefa sindicalista, la Elvis, que tras escuchar su relato en la tercera sesión del grupo lo convenció de que él no era en

absoluto un neurótico, sino un hombre íntegro, mental y emocionalmente sano, cuyo malparido y malcriado hijo lo había despojado de lo que le era propio. Lo incitó a tomar acción. Carretera se sintió reivindicado.

El director de Neuróticos Anónimos, el Dr. Juan Villoro, y el dueño de la Armería, el Sr. Martín Caparrós, respectivamente, reportaron que después de dos semanas en las que acudió puntualmente a las reuniones del Grupo Serenidad, Carretera optó por comprar un arma de fuego en el taller vecino. Con ésta, puso fin a las vidas de los doctores Alex y Lute y pudo conseguir su dentadura de reemplazo; gratis.

La suerte se volvió a poner del lado de Carretera. Los doctores Alex y Lute tenían cola que les pisaran, de modo que cuando se hicieron las investigaciones y se descubrieron los numerosos delitos en que habían incurrido [ejemplo: figura 14], la policía prefirió dejar las cosas como estaban y no se presentaron cargos contra Carretera.

Carretera decidió no dejar jamás sus dientes en manos de nadie, de modo que no fue nunca a que un dentista le colocara bien la dentadura. La tuvo desde entonces semipuesta. Es decir, a veces puesta y a veces no. Pero con sus nuevos dientes, Carretera recuperó la autoestima y fuerza vital. Fue entonces cuando le empezó a ir bien.

*

Con los meses, Carretera, a quien no le faltaba ingenio, optó por aprovechar cuando se le zafaba un poco la dentadura para quitársela completamente. La tomaba entre los dedos, como hacen las sevillanas con las castañuelas al bailar flamenco y, dependiendo de la ocasión, la ponía a hablar o a cantar y a contar historias fascinantes de los objetos que alguna vez habían formado parte de sus Coleccionables.

Lo iba a ver cada vez más gente. Todos salían embelesados por el espectáculo de la dentadura quitapón de Carretera y las historias fascinantes que narraba. Durante un mes entero

estuvo contando lo que él bautizó como «Historias de Gustavos circulares». Mi impresión es que esas historias fueron el precedente de lo que más tarde se convirtió en la genial puesta en práctica de su método alegórico de subastas —mismo que había ideado años atrás pero nunca practicado.

Transcribo fielmente la descripción de los «Gustavos circulares»:

Gustavo Díaz-Ordaz. Piscis, ascendente Escorpio. Nació en San Andrés Chalchicomula el 12 de marzo de 1911. Fue presidente de México entre 1964 y 1970, tiempo durante el cual: mató estudiantes, ocupó militarmente la Universidad Nacional Autónoma de México, encarceló a trabajadores y obreros; despidió a maestros, doctores y ferrocarrileros que protestaban por bajos salarios. Murió de cáncer colorrectal.

Gustav Theodor Fechner. Nació el 19 de abril de 1801, bajo el signo de Tauro, ascendente Libra. Fue fundador de la psicofísica y un pionero visionario de la psicología experimental. Descubrió la famosa fórmula «SKI», que demuestra la relación no-lineal entre las sensaciones e impresiones psicológicas y la intensidad de los estímulos físicos. Activo ateo, mujeriego, y hombre de buen corazón, murió el 18 de noviembre de 1887.

Gustave Flaubert. Sagitario, escritor, gordo.

Gustavo León. Misionero colombiano nacido en Cali en 1959. Fue Leo, ascendente Escorpio. Sus alumnos lo describen, en el epitafio enorme que corona su tumba, fechada 5 de mayo del 2011, como: reservado, potente, dominante, enérgico, magnético, voluntarioso, fuerte, generoso, leal, posesivo, astuto, tenaz, ambicioso, instintivo, sexual, atractivo, orgulloso, intenso y competitivo. Pero también agresivo, destructivo, terco, ansioso, tiránico, perverso, sádico, violento, egoísta, complejo, crítico, cruel, desagradable, celoso, calculador, vulnerable y disimulado.

Gustav Mahler. Cáncer ascendente Acuario, nació el 7 de julio de 1860 y murió el 18 de mayo de 1911. Judío, nacido en Bohemia, compuso las «Sinfonías 1-10 de Mahler» pero no terminó la 10 porque murió antes de acabarla. Estuvo casado con la señora Alma Mahler, que a su vez también fue mujer de Walter Gropius, Franz Werfel, Gustav Klimt, Max Burckhard, Alexander von Zemlinsky, Oskar Kokoschka y Johannes Hollnsteiner, entre otros.

Lida Gustava Heymann. Sagitario. Fue una feminista nacida en Hamburgo en 1869.

Gustav Klimt. Cáncer ascendente cáncer. Un desastre astrológico. Amante y posible marido de la mujer de Gustav Mahler. Fue un pintor simbolista proclive a la migraña en racimos y a las expresiones eróticas.

Gustava Kielland. Pionera y escritora noruega. Se desconocen fechas exactas de su nacimiento y muerte. Su nombre verdadero era Susanne Sophie Catharina Gustava y no Susanne Sophie Caroline Gustava, como se suele pensar.

Fue en uno de esos numeritos, en la cantina «Jefe de Jefes» [figura 15], cuando Carretera conoció al cantante Juan Cirerol. El joven Cirerol, a quien Carretera llamó siempre Juanito Sideral, le recordó vagamente a un cantante que había visto tocar una vez en un restorán coreano de la Zona Rosa de la Ciudad de México. Cuando terminó el número de Cirerol, Carretera se acercó para decirle que lo había visto tocar en la Zona Rosa, por ahí del año 87. Halagado, el joven Sideral le dijo que ese año había sido el año de su nacimiento, de modo que era imposible que lo hubiese visto. Pues por eso mismo, contestó Carretera, con su sonrisa desarmante.

Se entendieron enseguida. A decir del manager de Cirerol, don Hernán el Bravo, el cantante y Carretera se encontraron «como lo harían dos almas gemelas en el paraíso de los caba-

llos alados de Platón». Durante un tiempo aparecieron juntos como «Los Nuevos Highwaymen», inspirados en el supergrupo «The Highwaymen», donde antaño tocaban dos ídolos de Cirerol, Willie Nelson y Johnny Cash. Yo los vi la noche en que hicieron un dueto francamente inspirado, cantando primero el gran clásico «Highwayman» y enseguida la —ahora famosa— «Pero si ya sabes que me gusta meterme Aspirina».

Con el apoyo de Juanito Sideral, Carretera tuvo verdadero éxito como *showman*. En poco tiempo le fue lo suficientemente bien para asociarse con un joven emprendedor que conoció en sus noches de juerga, el Lic. Javier Rivero, y comprar un local en la Vía Morelos. Pusieron un negocio nocturno de imitadores, llamado «The Secret of Night», que en español quiere decir «El secreto de noche» [figura 16].

Fue en el «Secret of Night» donde Carretera empezó a poner en práctica su famoso método alegórico, que había concebido años atrás, en sus años de aprendiz de subastador. Por respeto a Carretera, no puedo detallar los secretos del método, pero puedo decir que durante las subastas alegóricas no se subastaban objetos, sino las historias que les daban valor y significado. Los objetos se aluden, pero sólo tangencialmente; no son el eje en torno al cual gira la subasta. Las alegóricas eran, según Carretera, «las subastas poscapitalistas de reciclaje radical que salvarían al mundo de su condición de basurero de la historia».

De todas las subastas de los últimos meses de Carretera, la más hermosa fue la serie titulada «Alegórica de las personas y lugares de mi barrio». Fue también su última. Me parece que el mayor acierto de esa subasta, más allá de las habilidades innatas que desplegaba siempre Carretera, radicaba en el hecho de que se propuso reciclar historias locales de las personas del barrio, todas presentes en el evento.

En aquella ocasión en el «Secret of Night» se subastaron diez alegóricas coleccionables. Yo tuve la fortuna de estar presente, en calidad de transcriptor y brazo derecho. Transcribo fielmente los lotes:

Todo el mundo sabe que los caballos no tienen compasión, le dije a Alan Pauls. Un caballo te puede ver llorado enfrente de él, y nomás mastica su paja y pestaña. Si te echaras a llorar más fuerte, los ojos cuajados de dolor y lágrimas, el caballo alzaría la juntura de la cola y dejaría escapar una flatulencia larga y silenciosa. No hay manera de conmoverlos. (Una vez soñé que un caballo me lamía insistentemente la cara mientras me pedía perdón. Pero eso no vale, porque ocurrió en un sueño).

Te puedo asegurar que los caballos que trabajan en el Parque Central de la isla de Manhattan se deprimen, me dijo Alan Pauls después de que yo aventurase frente a él mi teoría. Nos habíamos encontrado junto al puesto de periódicos de Rubén Darío Jr., mientras esperábamos el autobús que sube por Paseo de los Laureles. Noté que Alan Pauls miraba con cierta melancolía el espectacular que teníamos delante, del otro lado de la calle. En él, había un anuncio que mostraba una foto de un caballo, tal vez en efecto algo triste, parado junto a una cama en un hotel de Nueva York.

Esos caballos de Manhattan sí son compasivos, dijo, negando con la cabeza y alzando un poco las cejas.

No sé si deprimirse cuenta como muestra de compasión, le dije.

Por supuesto que sí, replicó. La autocompasión es, definitivamente, una forma de la compasión.

¿Y cómo sabes que los caballos de ese parque se deprimen?

Me contó —vaya casualidad— que recién había leído una nota sobre la psicología de los caballos neoyorquinos.

¿En qué periódico?, seguí cuestionando.

La había leído en el periódico que acababa de conseguir en el puesto de Rubén Darío Jr. Lo llevaba en el portafolios, si acaso me interesaba leer la nota —era uno de esos periódicos baratos, pero fidedignos, aclaró. Los caballos del Central Park de Nueva York, dijo Alan Pauls que había dicho el reportero del periódico gratuito pero confiable, se deprimen.

¿Y cómo lo saben?, pregunté.

Hay pruebas empíricas y científicas, dijo, tal vez impa-
cientándose. Entonces, sacó de su portafolios el periódico. Lo
abrió, buscó la nota. La ubicó enseguida y empezó a leerla en
voz alta, haciendo pausas oportunas y alzando de tanto en tanto
la mirada para encontrar la mía y comprobar que le estuviera
poniendo absoluta atención: Los caballos de aquella ciudad
1) corren a toda velocidad y estampan el hocico y la cabeza con-
tra las paredes de los edificios; 2) se les cae la crin a manojos;
3) se muerden las pezuñas hasta que se las arrancan; 4) de-
fecan acostados en vez de caminando, como hacen todos los
caballos normales; 5) algunos, finalmente, se suicidan.

Al terminar de leer la nota, volvió a doblar el periódico y
se lo acomodó bajo el brazo. Me sonrió vagamente. Seguimos
esperando juntos el autobús, mirando en silencio el especta-
cular del otro lado de la calle.

ALEGÓRICA NO. 2: LA VENTANA DE MARGO GLANTZ

La costurera retirada Margo Glantz no despertó a su hijo
sino hasta que hubo terminado de cenar. Desde hacía una se-
mana, a Margo Glantz, que padecía de insomnio, le irritaba
la presencia de su hijo, Primo Levi, que a su vez padecía de
narcolepsia. Primo Levi había perdido su trabajo de cajero
en la Farmacia del Ahorro, pues se había quedado dormido en
más de una ocasión y en las circunstancias más imprevisibles.
Ahora, desde hacía una semana, pasaba el día entero tomando
siestas repentinas en cualquier rincón de la casa. Margo Glantz
lo consideraba un indolente, un haragán y un poltrón, pues no
sabía de su trastorno. Secretamente, tal vez, codiciaba esa ca-
pacidad para dormir a cualquier hora del día.

Un lunes por la tarde, mientras Primo Levi dormía otra
siesta inoportuna en el sillón, Margo Glantz le pegó en la frente
una hilera de timbres postales, lamiendo cada uno con la punta
de la lengua, y se lo llevó en brazos a la oficina de correos. Lo

depositó suavemente sobre el contador y le pidió a la señorita que lo enviara a Surinam. La señorita la miró con actitud de superioridad y le dijo que su petición era imposible de llevar a cabo dado que le faltaban cuatro estampas —se necesitaban nueve estampas para África y el paquete sólo contaba con cinco. Pero si Surinam está en Sudamérica, pendeja, objetó Margo Glantz. Entonces van a ser doce estampas, corrigió la señorita. Además, le dijo, en ese momento estaba cerrando la oficina postal, de modo que tenía que regresar al día siguiente.

Margo Glantz regresó al día siguiente y al siguiente, con Primo Levi apaciblemente dormido entre sus brazos. Pero siempre le faltaba algo —una estampa, una carta notariada para envíos de dimensiones no convencionales, más dinero, una identificación oficial, el código postal completo de la dirección que había proporcionado en Paramaribo. La señorita —que aunque tal vez no era la misma en cada caso, lo parecía— la miraba con desprecio y le pedía regresar al día siguiente.

La mañana del séptimo día, el domingo, Margo Glantz decidió dejar dormir a Primo Levi. Se despertó temprano, se dio un baño tibio, y se fue a una tienda de mascotas. Dado que no había perros a la venta, se contentó con comprar un conejo de segunda mano. Le puso Cockerspaniel. El conejo era muy viejo, tal vez anciano, de modo que cuando trató de ponerle una correa para sacarlo de la tienda, éste se resistió. Se lo llevó a casa en brazos y lo depositó en el piso de la sala, al pie del sillón donde Primo Levi seguía durmiendo.

Margo Glantz arrastró una silla desde la cocina hasta la sala, procurando hacerlo ruidosa y lentamente. Puso un disco de la cantante Taylor Mac, se sentó, se cruzó de piernas y, cantando a voz en cuello, miró intensamente a Cockerspaniel que a su vez la miró a ella con extrema displicencia hasta que cerró los ojos y cayó profundamente dormido.

Margo Glantz notó que el conejo había elegido un parche soleado en el piso para dormir la siesta y sintió una intensa envidia de aquel animal. Pensó en llevarlo de inmediato a la oficina de correos, y enviarlo a Surinam —o a donde fuera. Pero

descartó esa idea de inmediato, pues recordó que los domingos ni abría la asquerosa, ridícula e ineficiente oficina postal. Después trató de despertarlo, pero el conejo entreabrió apenas un párpado y se volvió a dormir.

Margo Glantz pasó la tarde mirando dormir a su hijo, y también a Cockerspaniel, que iba deslizándose su cuerpo pequeño y peludo casi imperceptiblemente por la sala, a medida que el sol bajaba y el paralelogramo de luz que entraba por la ventana y se proyectaba en el piso se iba moviendo hacia la pared, indicando a su manera el paso de las horas.

Cuando por fin cayó el sol y el parche de luz había desaparecido por completo, Cockerspaniel abrió los ojos. La señora Margo Glantz lo estaba esperando a su lado, de pie, sujetando una sartén por el mango. Con la base, le pegó cinco veces en la cabeza. Una vez muerto, lo despellejó cuidadosamente, y lo cocinó al romero, laurel y vino blanco. Cuando terminó de cenar, despertó cariñosamente a Primo Levi, y abrió de par en par la ventana de su sala para dejar entrar el viento fresco, húmedo de la noche.

ALEGÓRICA NO. 3: BOTARGAS DE RATA Y RATÓN

La casi señorita Valeria Luiselli, estudiante de la escuela secundaria, tartamudeaba a menudo y abusaba de la terminación «mente». Como sus padres, la Sra. Weiss y el Sr. Fischli, querían que diera un discurso el día de su fiesta de quinceañera, la llevaron a clases de canto, dicción y retórica. Iba a ser una celebración elegante, en el salón de fiestas de Juan Gaitán y María Inés «La Otra Bibi» Gaitán, y la muchacha necesitaba prepararse.

Para las clases de retórica y dicción contrataron al famoso maestro Guillermo Sheridan. La primera frase que el maestro le enseñó a decir a Valeria Luiselli fue: «Tito Livio era cócono y Octavio Paz era cabezón». A la muchacha le costaba mucho trabajo pronunciar correctamente esta frase, a pesar de ser

tan corta y sencilla. Cada vez que se equivocaba, el maestro Guillermo Sheridan le pegaba en la palma de las manos con una varilla. La muchacha tuvo que repetir esa misma frase 112 veces antes de que el maestro diera por terminada su primera sesión.

Esa noche, mientras cenaban pulpo a la gallega con arroz blanco, los padres de Valeria Luiselli le preguntaron a su hija cómo había marchado su primera clase de retórica y si había aprendido algo valioso que quisiera compartir con ellos. La muchacha dijo:

Tito Livio era coco.

¿Cómo dices, hija?, preguntó el papá.

Tito Livio era coco, repitió la púbera.

Los padres de Valeria Luiselli se miraron a los ojos y comieron el resto de su pulpo en silencio.

Esa noche los progenitores de la muchacha se pusieron sus botargas de peluche y en vez de leer o de ver la televisión, como hacían casi todas las demás noches, compraron cocaína y se entregaron a un coito estrafalario, ruidoso e ininterrumpido. Tras haber terminado, todavía con las botargas semipuestas, la pareja se quedó mirando el techo en silencio.

ALEGÓRICA NO. 4: DOS SILBATOS DE POLICÍAS DE TRÁNSITO

Recordarán todos ustedes a Yuri Herrera, comandante en jefe del grupo Alfa y nombrada mejor policía de tránsito del oscuro año 2011. Durante un domingo de insomnio, la comandante Herrera se memorizó completo el famoso monólogo de *Macbeth* que empieza «Mañana, mañana y mañana». Lo recitó frente al espejo una última vez a las 5:25 am mientras se restiraba el pelo en un chompipi ajustado y apuntalado por varios pasadores. Después, todavía mirándose al espejo, se colocó el silbato entre los dientes, y sopló.

Salió a la calle luciendo limpia e impecable. Al doblar la esquina de Amapola y Amapolas, se encontró con su com-

pañera, la policía Vivian Abenshushan, especialista en plagios, del grupo Omega.

¿Qué tenemos hoy, Abenshushan?, le preguntó.

El X9 en Avenida Morelos en K5 hacia el Parque del Amor, pareja. Llegamos justo a tiempo.

La comandante Abenshushan era más alta y más fuerte que la comandante Herrera, pero ambas eran igualmente valerosas.

En eso pasaron, montados en unas bicicletas idénticas, Terencio Gower y Rubén Gallo, dueños de los saunas públicos «Cous-cous con palillos», ubicados en la calle Azucena. Saludaron a las dos policías desde sus bicicletas. Las dos policías se enderezaron, sonrieron, y les devolvieron el saludo silbando sus silbatos. Enseguida pasó el X9, quien bajó la ventana de su Tsuru marrón y les arrojó una botella de plástico vacía. La botella rebotó en el brazo y luego cayó a los pies de la comandante Abenshushan, quien la pateó con todas sus fuerzas hacia la calle, llena de comprensible rabia. Por culpa de los amables ciclistas, habían dejado ir, nuevamente, al X9 que les aventaba todas las mañanas una botella de Coca-Cola vacía.

Mi vida es una mierda absoluta, dijo la comandante Abenshushan en un tono ligeramente dramático. La comandante Yuri Herrera, que por ser mayor que ella estaba mejor preparada para sobrellevar los embates de otro día idéntico al día anterior, y al siguiente, y al siguiente, recitó para su joven compañera, con la vehemencia y el ahínco que se aprenden sólo en la escuela de policías, el monólogo de Shakespeare que se había memorizado la noche anterior.

La comandante Abenshushan escuchó atentamente, albergando la ligera sospecha de que su pareja empezaba a mostrar señales de blandura cerebral. Pero enseguida reprimió este pensamiento en su fuero más íntimo y sonó su silbato dos veces, en agradecimiento por la empatía que mostraba la comandante Herrera. Sintiendo que ya merecían una pausa, la comandante Herrera y la comandante Abenshushan decidieron irse a desayunar gorditas al puesto de Toño Ortuño, «Las gordas de Pancho Villa», en la esquina de Isabel la Católica y

Guillermo Prieto, con la esperanza de que pasara velozmente la mañana.

ALEGÓRICA No. 5: PIERNA-PRÓTESIS DE VERÓNICA

Un día Unamuno fue a la tienda a comprar huevos de gallina. Unamuno no comía huevos, pero su mujer, Verónica Gerber, que tenía una pierna de palo, quería cocinar un omelet y le pidió a Unamuno que fuera a la tienda de Daniel Saldaña París y comprara huevos. Le encargó expresamente que fueran huevos blancos y no anaranjados.

Unamuno regresó de la tienda con una bolsa de papel llena de huevos anaranjados. Asomándose a la bolsa y notando que los huevos no eran del color que ella había solicitado, Verónica Gerber le gritó: ¡Pendejo!, y lo obligó a ir nuevamente a la tienda por huevos blancos.

Esta vez, Unamuno fue a la tienda de don Julio Trujillo, donde consiguió huevos blancos. Cuando regresó a su casa, encontró a su esposa dormida sobre la cama. La mujer había dejado la pierna de palo apoyada en el buró, como solía hacer siempre que se echaba una siesta a media mañana.

Entonces, Unamuno depositó la bolsa de huevos en el piso alfombrado y utilizando la pierna falsa, le pegó seis chingados hasta despertarla.

ALEGÓRICA No. 6: EL BANDONEÓN DE MARIO

No se dice bandoleón sino bandoneón, le dijo Mario Bellatin a Franz Kafka, y le pegó una vez más en la espalda con el flagelo de cuero. Franz Kafka se enderezó el traje, los lentes de sol, y miró atentamente la partitura. Entonces colocó nuevamente la lengua entre los dientes, estiró los labios como enmarcando una sonrisa no consumada, y comenzó otra vez a imitar el zumbido de los mosquitos: Bzzzzz, zzzzz, bzzz, bzzzzzzzb, zz. Al

cabo de unos minutos, fatigado, Franz Kafka hizo otra pausa y le dijo a Mario Bellatin:

Esto lo podría tocar mejor con el bandoléon, don Mario, por qué me obliga a zumbarlo.

Cállate y trabaja, dijo Mario Bellatin.

ALEGÓRICA No. 7: BONSÁI DE DON ALEJANDRO

Mario Levrero había tenido un mes miserable. Estaba por terminar septiembre, y no había podido vender un solo seguro de vida; al parecer nadie le temía ya a la muerte. Al salir el viernes de su oficina, la pequeña empresa «Seguros Todo el Tiempo», caminó al vivero de don Alejandro Zambra Infantas y compró un bonsái. Se sentía tan disminuido que intentó suicidarse colgándose de una rama de aquel árbol pequeñísimo. Fracasó por poco.

ALEGÓRICA No. 8: BOTE DE MIEL

«Límites al alma no podrás encontrar», le dijo una mañana al joven Heriberto Yépez don Héctor Toledano, el famoso acupunturista serbio cuyo consultorio estuvo durante muchos años enfrente del Parque del Amor, entre las calles Insurgentes y Moreno. «La única alma con límites —siguió el doctor— es la de Slobodan Milošević». Consternado y confundido, Heriberto Yépez le preguntó al doctor que quién era Milošević. Pero el afamado acupunturista sólo sonrió con aire misterioso, enfocando bien la mirada mientras le insertaba a su paciente dos agujas en las blancas y barbilampiñas mejillas.

Esa noche, Heriberto Yépez le llamó a su vidente, Madame Tenemoslava Miklos, y le contó lo que el acupunturista le había dicho para indagar si había acaso un posible significado ulterior de ese extraño aforismo. La vidente respondió sin reticencias:

El mundo está lleno de gente esperando a ser descubierta, Heriberto. Si quieres dejar huella en esta tierra baldía tienes que ir a buscar una inspiración.

¿Una solamente?, preguntó entonces el joven Heriberto. Pero Madame Miklos ya había colgado el auricular.

Tras sopesarlo durante algunos días, Heriberto Yépez zarpó a Manhattan. Ahí conoció al filósofo Slavoj Žižek y a sus acólitos, con quienes condujo el Post-People Radical Mental Reprogramming Action, un movimiento del cual no tenemos ningún detalle hasta la fecha. Sin embargo, es sabido que el filósofo Slavoj Žižek entregó a todos los miembros del Post-People Radical Mental Reprogramming Action un bote de miel como souvenir de su aventura intelectual. Desde aquel viaje iniciático, Heriberto encontró su destino en la apicultura, pues pensadas como sistema, las abejas constituyen, según escribió en su columna semanal, «el único modelo alternativo a la decadencia de Dios, la televisión, Google, Carlos Fuentes, T.S. Eliot, el ensayo literario, Pink Floyd, el Distrito Federal, y la democracia representativa.»

ALEGÓRICA NO. 9: PERRO DISECADO
DE UNA SEÑORA VÍCTIMA DE ALGO O ALGUIEN

Mucha gente aquí ha oído hablar del ex conductor de ruta 100, Álvaro Enrígue Soler, que hace algunos años intentó alevosamente atropellar a una anciana parálitica en Avenida Revolución.

Cuando ya había salido de la cárcel, me lo encontré una tarde en la cantina «Hágase la Lux» de doña Paula Abramo, y me contó que ese día fatal se había subido a su camión el notario Juan José Arreola, en la esquina de Loma Bonita y la avenida Interior. Supo, al verlo, que su presencia era un mal presagio.

Efectivamente, en la siguiente parada unos gemelos en mangas de camisa, que se identificaron previamente ante él

como Óscar de Pablo y Pablo de Pablo, subieron a una señora en silla de ruedas que llevaba en brazos un perro dormido. La elevaron entre los dos de la silla de ruedas, la acomodaron en el asiento junto al del señor notario, y descendieron del camión en silencio. El perro siguió dormido como un bebé en los brazos flácidos de la anciana.

Dos cuadras más adelante, la anciana pidió parada. Lo hizo en inglés: «Stop». La esperaban en la parada los mismos jóvenes en mangas de camisa, sujetando cada uno la silla de ruedas por una de las agarraderas. Subieron al camión, elevaron a la anciana, y una vez abajo la depositaron otra vez en su silla de ruedas, mientras el perro dormía apaciblemente en sus brazos. Unas cuadras más adelante, los mismos dos hombres, con la señora aún sentada en su silla de ruedas, hicieron parada. Se repitió lo mismo, y dos calles adelante la señora volvió a pedir parada, gritando: «Stop».

Mientras tanto, el notario Juan José Arreola disimulaba abatimiento, incapaz de decir o hacer algo frente a esa situación evidentemente abusiva e intolerable tanto para el conductor como para algunos de los pasajeros.

En la calle Barranca subieron al camión el Sr. Paco Goldman Molina y la Sra. Guadalupe Nettel. Sacaron enseguida sus jaranas y se pusieron a tocar «La guanábana». Álvaro Enrigue sonrió levemente, dio a la derecha en Revolución, y le pidió a Paco y Guadalupe la canción de «La iguana». Mientras Paco cantaba a los infortunios de la iguana y Guadalupe repiqueteaba, se repitió una vez más el ascenso y descenso de la anciana paralítica y de su perro dormido, asistido por los gemelos funestos.

Álvaro Enrigue no pudo más. Se había colmado el vaso semivacio de su proverbial paciencia espartana. Cuando los gemelos en mangas de camisa, parados como dos esfinges malévolas en la esquina de Revolución y Periodismo, custodiando a la señora en silla de ruedas y a su perro asquerosamente dormido, hicieron nuevamente la parada, éste les echó el camión encima a los cuatro. Tanto los gemelos como la anciana, que

resultó no ser en absoluto paralítica, habían logrado hacerse a un lado para torear al camión. El perro, sin embargo, murió en el percance.

ALEGÓRICA NO. 10: GALLETAS CHINAS DE QUINTILIANO


Estaba Guillermo Fadanelli leyendo *La fenomenología del espíritu*, del autor un tercio tocayo suyo Jorge Guillermo Federico Hegel, cuando de pronto entró al restorán «Estrella de Shanghai» un hombre enano y se sentó frente a él, arrimando una silla. El hombre enano se identificó como Pushkin. Pidieron una ronda de cervezas al mesero y el hombre enano se echó a llorar repentinamente. El motivo de su llanto, según le contó a Guillermo Fadanelli, era que su padre era un picaflor. La palabra que utilizó fue донжуан, y no se sabe si la traducción «picaflor» sea exacta.

Al cabo de media hora, Pushkin se despidió de Guillermo Fadanelli. Inmediatamente después entró al bar otro enano y vino a sentarse a la mesa. Guillermo Fadanelli lo convidó a una ronda. Sacando un pañuelo de su bolsillo y tras sonarse ruidosamente la nariz, el enano dijo que su nombre era Gógol y que el motivo de su desdicha era que había aprendido que su padre era un degenerado. En este caso, la palabra que utilizó fue вырождаться. Todo parece indicar que la traducción «degenerado» es exacta.

Cuando el enano Gógol se había marchado, entró al bar un tercer enano. Predeciblemente, repitió la misma rutina que habían efectuado los dos enanos anteriores, y fue a sentarse a la mesa. Estudiándolo mientras se sonaba la nariz, Guillermo Fadanelli le dijo: Déjame adivinar, tu nombre es Dostoievski y eres un hombre miserable porque tu mujer es una трутень. El tercer enano lo miró, estupefacto. ¿Por qué dices eso?, le preguntó, después de darle un largo trago a su cerveza. Guillermo Fadanelli le contestó que догадался по горячности своего голоса y sonrió con leve ironía. Te equivocas, don

Guillermo. Me llamo Pablo Duarte y me sueno porque soy alérgico al polen.

En ese momento, el mesero se acercó a la mesa con una canasta de galletas chinas de la suerte. Guillermo Fadanelli tomó una y la abrió en dos mitades, con un movimiento semejante al que se hace para abrir un huevo. Dejó caer el papelito sobre la mesa. Después, desdoblándolo sin prisa, leyó en voz alta:


 Así es como uno se imagina al Ángel de la Historia. Su rostro está vuelto hacia el pasado. Donde nosotros percibimos una cadena de acontecimientos, él ve una catástrofe única que amontona ruina sobre ruina y la arroja a sus pies. Bien quisiera él detenerse, despertar a los muertos y recomponer lo despedazado, pero desde el Paraíso sopla un huracán que se enreda en sus alas, y es tan fuerte que el ángel ya no puede cerrarlas. Este huracán lo empuja irremediablemente hacia el futuro, al cual da la espalda, mientras los escombros se elevan ante él hasta el cielo. Ese huracán es lo que nosotros llamamos progreso. (W.B.)

¿Todo eso dice el papelito?, preguntó Duarte.

Sí, respondió Guillermo Fadanelli.

No te creo, replicó, y le disparó un balazo en la frente.

El enano Duarte tomó entonces una galleta de la canasta que el mesero seguía sosteniendo. Emulando los movimientos de su compañero ya muerto, la partió en dos mitades idénticas, dejó caer el papelito a la mesa y, justo antes de darse un tiro, leyó:

 La vida te sonreirá.

Fin de las alegóricas.

*

Todas las noches, durante las últimas semanas de su vida, Carretera dio un espectáculo memorable a sus seguidores, haciendo uso oportuno de su dentadura quitapón. Empezaba siempre de la misma forma:

Me llamo Carretera y soy el mejor cantador de subastas del mundo. Puedo imitar a Janis Joplin después de dos cubas. Puedo parar un huevo de gallina sobre una mesa, como hacía don Cristóbal Colón. Sé interpretar galletas chinas. Sé contar hasta ocho en japonés: ichi, ni, san, shi, ko, loko, sichi, hachi. Sé nadar de muertito.

Gustavo Sánchez Sánchez, mejor conocido como Carretera, murió de un ataque al corazón en el Motel Villas Morelos a un lado de su negocio de imitadores [figura 17], acompañado por tres bellas damas, tras una brillante subasta alegórica en la que, de pilón, hizo una imitación perfecta de «Oh Lord, Won't You Buy Me a Mercedes Benz» de la cantante Janis Joplin.

En la mesa de noche junto su lecho de muerte, se encontró:

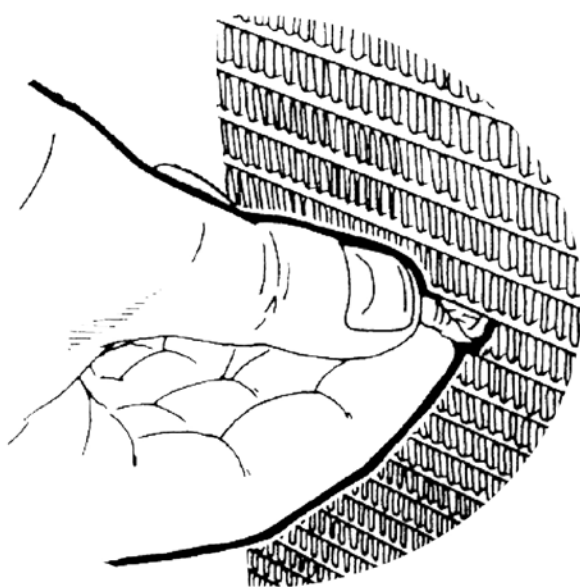
- 1) Un recorte de periódico sobre Samuel Pickwick.
- 2) Unas monografías sobre diversos temas.
- 3) Una crema desmaquillante, marca Nivea.
- 4) Una foto de un vocho blanco.
- 5) Una dentadura adentro de un vaso de agua. Pegado al vaso, un post-it que rezaba: «Aquí está tu vaso de agua, pinche Ratzinger hijo de la gorda marrana».


Por petición del mismo Carretera, sus cenizas yacen esparcidas a los pies de los dinosaurios de fibra de vidrio en un camellón de Pachuca, la Bella Airosa [figura 18].



Libro VI

Paseo Circular



 狗有牙齒在所有國家。

[Los perros de todos los países tienen dientes.]



© Francisco Kochen

Figura 1. «Cuando veo a un adulto montado en una bicicleta, vuelvo a tener esperanza en el género humano.»
H.G. Wells



© Javier Rivero

Figura 2. «Fancioulle me hizo ver, de una manera perentoria e irrefutable, que la intoxicación del Arte es más eficaz que todas las demás para velar los terrores de ese sisma; que el genio puede representar una comedia estando al borde de la tumba, con una alegría que le impide ver aquella tumba, perdido, como está, en un Paraíso que le niega el paso a la idea de la muerte y la destrucción.»

Charles Baudelaire



© W.G. «Policieto» Sebald

Figura 3. «Mis cuadernos. Tan tristemente llenos, éste de impotencia y el otro de blanca e inútil espera. De la espera más difícil, de la más dolorosa: la de uno mismo. Si algo escribiera en él, sería la confesión de que yo también me estoy esperando desde hace mucho tiempo, y no he llegado.»
Josefina Vicens, «La Peque»



Figura 5. «Nada asociaba tan claramente con la palabra ciudad como las montañas de escombros, los muros desnudos y los huecos de las ventanas por donde se podía ver el cielo.»
W.G. Sebald



© Google

Figura 6. «Así termina el mundo. No con una explosión, sino con un lamento.»
T.S. Eliot



© W.G. «Policeto» Sebald

Figura 7. «El idioma español es un viejo vestido de novia que heredamos de nuestros antepasados y que estamos obligados a conservar incólume... pero los vestidos de novia antiguos no sirven más que para ponérselos y verse como cadáver. Es mucho mejor recortarlos y hacer de ellos camisas, que guardarlos entre naftalina.»

Jorge Ibargüengoitia



© Google

Figura 8. «Por eso consideramos equivocado el uso de ciertos convencionalismos del movimiento que, en las lejanías del teatro, pueden tolerarse, pero nunca en las cercanías de la pantalla. Ejemplo: la costumbre de trazar líneas rectas para fingir que se escribe una carta.»

Alfonso Reyes



© Google

Figura 9. «El vocho blanco se estacionó en una tienda de abarrotes (...)
De él descendió un joven. Compró algunas cosas y lo abordó de nuevo.
Sentado tras el volante esperó a encender el compacto.
Justo a un costado se estacionó otro coche. El copiloto descendió y dispararon
dos ráfagas de AK-47, Cuerno de chivo, matando al del vocho.»
Luis Fernando Nájera, periodista



Figura 10. «Esto no es una pipa.»
René Magritte



Figura 11. «Es maravilloso estar aquí. Pero es maravilloso estar en donde sea.»
Keith Richards



Figura 12. «Si no sabes adónde ir, cualquier camino te llevará ahí.»
Lewis Carroll



© W.G. «Policieto» Sebald

Figura 13. «La neurastenia/ es un don que me vino con mi obra primigenia.»
Rubén Darío



© Wolfgang Tillmans

Figura 14. «Algunos objetos, en sí mismos desagradables o indiferentes, complacen cuando los vemos en imitación [...] El pelo amarillo es perfectamente bello visto en un cuadro.»
William Hazlitt



© W.G. «Policieto» Sebald

Figura 15. «Muchos pollos que apenas nacieron, ya se quieren pelear con el gallo.»
Los Tigres del Norte



© W. G. «Policlito» Sebald

Figura 16. «La originalidad no es más que imitación juiciosa; los escritores más originales toman prestado unos de los otros.»
Voltaire



© W.G. «Policeto» Sebald

Figura 17. «En efecto, el cariño que sentimos hacia un hombre depende en gran parte de su elegancia al despedirse.»
Sei Shonagon



© W.C. «Policlero» Sebald

Figura 18. «Nada te llevarás cuando te marches.»
José María Napoleón

AGRADECIMIENTOS

Una versión temprana de esta novela se escribió por entregas. Cada entrega se imprimió en fascículos caseros que a su vez se distribuyeron entre trabajadores de la fábrica de jugos Jumex. Quiero agradecer, por su paciente y generosa lectura, a los trabajadores y obreros de la fábrica que se reunían por las noches en un cuarto del barrio de Santa María Tulpetlac a leer en voz alta, comentar y criticar las entregas: Evelyn Ángeles Quintana, Abril Velázquez Romero, Tania García Montalva, Marco Antonio Bello, Eduardo González, Ernestina Martínez, Patricia Méndez Cortés, Julio Cesar Velarde Mejía y David León Alcalá. Igualmente, por su apoyo —logístico, material, práctico y espiritual— agradezco a Magalí Arriola y Juan Gaitán, así como a José El Perro Escárcega, Samuel Morales, Lorena Moreno, Humberto Moro, y Javier Rivero. Por último, sin la amistad y hospitalidad de Maddalena Fossombroni y Pietro Torrigiani Malaspina en la residencia de escritores y artistas de Castello in Movimento habría sido imposible terminar esta novela.

La historia de mis dientes
se terminó de imprimir en el mes de noviembre de 2013
por Gráfica, creatividad y diseño,
Av. Plutarco Elías Calles 1321-A, Col. Miravalle
C. P. 03580, México, D.F.

